

MARTIN PAZ.

(Continuacion.)



Una romería en Lina.—Montaña de San Cristóbal.
25 de Noviembre de 1852.

TOMO X. 31

PARTE SEGUNDA.

I.

EL ODIÓ DE LOS INDIOS.

Desde que las tropas colombianas fueron espulsadas del Bajo Perú, aquel país, sin cesar agitado por los pronunciamientos y sediciones militares, había recobrado alguna calma y tranquilidad. En efecto, las ambiciones particulares habían amainado; el presidente Gamarra parecía hallarse ya seguro y afianzado en su palacio de la Plaza Mayor. Así, pues, por este lado nada había que temer; pero el peligro verdadero, oculto, inminente, no provenía de esas rebeliones, tan pronto apagadas como encendidas, y que parecían halagar la afición de los americanos al espectáculo de las grandes paradas militares.

Este peligro desconocido se escapaba á las miradas de los españoles, colocados demasiado alto para verlo, y á la atención de los mestizos, que no querían jamás mirar debajo de ellos. Y sin embargo, entre los indios de la ciudad había una agitación inusitada; juntábanse frecuentemente con los serranos, que habían sacudido al parecer su apatía natural, pues en vez de pasar horas enteras tendidos al sol y envueltos en sus ponchos, vagaban sin cesar por el campo, se detenían unos á otros, se conocían por signos particulares, y frecuentaban las pulperías menos concurridas, en las que podían hablar sin peligro.

Este movimiento podía ser observado, principalmente en una de las plazas estraviadas de la ciudad. En el ángulo de la calle se levantaba una casa formada de un solo piso, y cuya mezquina apariéncia chocaba desagradablemente á la vista. Aquella casa era una taberna de último orden, á donde los zambos más pobres acudían á beber la chicha, bebida de maíz fermentada, y el guarapo, que se hacía con la caña de azúcar. La tabernera era una india-anciana.

La concurrencia de los indios á aquella plaza solo se notaba á ciertas horas, y principalmente cuando sobre el techo de la posada se levantaba un largo palo, como señal de reunión. Entonces los zambos de todas clases y oficios, los capataces, arrieros y carreteros, entraban uno á uno en la taberna; la huésped se mostraba muy solícita, pues dejando á su criada el cuidado del despacho, corría á servir ella misma á sus parroquianos.

Pocos días después de la desaparición de Martín Paz, hubo una reunión numerosa en la sala de la taberna, y apenas se distinguía á la escasa luz que allí reinaba, y que hacía más opaca el humo del tabaco, si los que estaban reunidos eran los parroquianos habituales de la casa. Alrededor de una larga mesa había colocados como unos cincuenta indios; los unos mascaban la coca, especie de hoja de té, otros bebían grandes vasos de maíz fermentado; pero estas ocupaciones no los distraían absolutamente, y escuchaban con grande atención la palabra de un indio.

Era este el Zambo, cuyas miradas fijas tenían algo de siniestro y terrible; estaba vestido como ya le hemos visto en la Plaza Mayor.

Después de haber examinado escrupulosamente á su auditorio, tomó la palabra en estos términos:

—Los hijos del sol pueden hablar de asuntos graves; no hay oídos pérfidos que puedan escucharlos; en la plaza, al-

gunos de nuestros amigos disfrazados de cantores ambulantes, atraerán á su derredor á los transeúntes, y nosotros gozaremos de absoluta libertad.

En efecto, sonaban fuera una bandurria y una guitarra. Greyéndose, pues, en seguridad los indios de la posada prestaron suma atención á las palabras del Zambo, en quien tenían puesta toda su confianza.

—¿Qué noticias hay de Martín Paz? preguntó un indio.

—Ninguna... Si ha muerto ó no, solo Dios puede saberlo... Espero á algunos de nuestros hermanos que han bajado el río hasta su embocadura; tal vez hayan encontrado el cuerpo de Martín Paz.

—¡Era buen jefe! dijo Manangani, indio feroz y temido; pero ¿por qué no estaba en su puesto el día en que la goleta nos traía armas?

El Zambo no respondió y bajó la cabeza.

—¿No saben mis hermanos, añadió Manangani, que ha habido una refriega entre la *Anunciación* y los guarda-costas, y que el apresamiento de ese buque habría frustrado todos nuestros planes?

Un murmullo de aprobación acogió las palabras del indio.

—Aquellos de mis hermanos que quieran esperar serán los predilectos de mi corazón, dijo el Zambo; quién sabe si algún día aparecerá mi hijo Martín Paz... Escuchad ahora: en nuestro poder están las armas que nos han enviado de Sechura; están ocultas en las montañas de las Cordilleras, y dispuestas á hacer su oficio cuando vosotros esteis preparados á cumplir vuestro deber.

—¿Y quién nos lo estorba? dijo un indio joven; hemos aguzado nuestros cuchillos y esperamos.

—Dejad llegar la hora, dijo el Zambo; ¿saben mis hermanos á qué enemigo deben herir primeramente sus brazos?

—A esos mestizos que nos tratan como esclavos, y nos castigan con la mano y el látigo como á mulas reacias.

—No por cierto, sino á esos acaparadores de todas las riquezas del suelo, que no nos dejan comprar un poco de bienestar para nuestra vejez.

—Os equivocáis: á otra parte debeis dirigir vuestros primeros golpes, dijo el Zambo animándose; no son esos los hombres que se atrevieron hace trescientos años á poner el pie sobre la tierra de vuestros antepasados; no son ellos tampoco esos ricos que arrastraron al sepulcro á los hijos de Manco Capac, no: sino esos orgullosos españoles que la fatalidad ha traído á nuestras playas independientes... Esos, esos son los verdaderos vencedores de que vosotros sois los verdaderos esclavos; si no poseen ya la riqueza, ejercen la autoridad, y á despecho de la emancipación peruana, atropellan y pisotean nuestros derechos naturales. Olvidemos, pues, lo que somos para acordarnos de lo que fueron nuestros padres.

—¡Bien dicho, bien dicho! exclamó la asamblea, dando fuertes patadas en el suelo en señal de aprobación.

Después de algunos momentos de silencio, el Zambo interrogó á varios conjurados, y obtuvo de ellos la seguridad de que los amigos de Cuzco y de toda la Bolivia estaban dispuestos á levantarse como un solo hombre.

—¿Y nuestros hermanos de las montañas, esforzado Manangani, añadió el Zambo con entusiasmo, si abrigan en su corazón el odio y el valor que animan al tuyo, caerán sobre Lima, como un alud desde lo alto de las Cordilleras?

—El Zambo no se quejará de su desnudo el día del peli gro; salga el indio de la ciudad, y no andará largo trecho sin ver levantarse á su alrededor mil y mil zambos dispuestos á la venganza. En las gargantas de San Cristóbal mas de uno está acostado y envuelto en su poncho esperando que se le dé una carabina... Tampoco ellos han olvidado que tienen que vengar la derrota de Manco Capac.

—¡Bien dicho! Manangani, el Dios de la venganza habla por tu boca. Muy pronto sabrán mis hermanos el elegido por sus gefes para dirigir la grande empresa. Nada hay que temer; podemos obrar con toda seguridad. Dentro de breves días la fiesta de San Cristóbal llamará á nuestros opresores al placer; prepárese, pues, cada cual á ponerse en marcha, y llegue la noticia hasta las mas remotas aldeas de la Bolivia.

En aquel momento penetraron en la sala tres indios, y al verlos el Zambo se dirigió inmediatamente hácia ellos:

—¿Qué hay? les dijo.

—No ha podido encontrarse el cuerpo de Martin Paz; hemos sondeado el rio en todas direcciones; nuestros mejores buzos lo han explorado escrupulosamente, y tenemos la convicción de que el hijo del Zambo no puede haber perecido en las aguas del Rimac.

—¿Lo han asesinado?... ¿Qué ha sido de él? ¡Oh! ¡Desgraciados los que hayan cometido semejante atentado! Retiraos, hermanos, y cada cual vuelva á ocupar su puesto; vigila y esperad.

Los indios salieron y se dispersaron, quedándose solo el Zambo con Manangani, que le preguntó:

—¿Sabe el Zambo con qué intencion iba su hijo á San Lázaro? En fin ¿está el Zambo seguro de su hijo?

Un rayo brotó de los ojos del indio, y la cólera los inyectó de sangre. El feroz Manangani retrocedió; pero el indio se contuvo y dijo:

—Si Martin Paz vendiese á sus hermanos, mataria yo en primer lugar á todos aquellos á quienes hubiese dado su amistad, y á todas las mugeres á quienes hubiese dado su amor; despues le mataria á él mismo, y en seguida me mataria yo para no dejar nada que perteneciera á una raza infernal deshonrada.

En aquel momento abrió la huéspeda la puerta de la sala, se dirigió hácia el Zambo y le entregó un billete con sobre para él.

—¿Quién te ha dado esto? preguntó.

—No lo sé; sin duda se lo habrá dejado olvidado cualquiera de los que han estado bebiendo, pues le he encontrado encima de una mesa.

—¿Aqui no han venido mas que indios?

—Nada mas.

La tabernera salió, el Zambo desdobló el billete y leyó en voz alta:

«Una jóven ha orado mucho por la vuelta de Martin Paz, porque no olvida al indio que la protegió arriesgando su vida por ella. Si el Zambo tiene alguna noticia de su pobre hijo ó alguna esperanza de hallarle, cíñase á su brazo una cinta verde; hay ojos que le ven pasar todos los días.»

El Zambo estrujó el papel entre sus manos crispadas y exclamó:

—El desgraciado se ha dejado cautivar por los ojos de una muger.

—¿Quién es esa muger? preguntó Manangani.

—No es una india, respondió el Zambo observando el billete, sino alguna dama principal y elegante... Por quien soy que no te reconozco ya, Martin Paz.

—¿Harás lo que esa muger te encarga?

—No por cierto, respondió violentamente el indio; que pierda toda esperanza de volver á verle y muera si es preciso.

Diciendo así el Zambo rompió el billete lleno de cólera.

—¿Y es un indio el que ha traído ese billete?

—¡Oh! No puede ser de los nuestros; habrá sabido que venia yo muchas veces á esta taberna; pero no volveré á poner los pies en ella. En fin, no perdamos mas tiempo hablando de cosas frivolas, replicó friamente, que mi hermano vuelva á las montañas: yo me quedaré velando en la ciudad... Veremos si la fiesta de San Cristóbal será alegre para los opresores ó para los oprimidos.

Los dos indios se separaron. El plan de la conspiracion estaba bien fraguado, y bien escogida la hora de la ejecucion. El Perú, casi despoblado, no contaba mas que con un escaso número de españoles y de mestizos. La invasion de los indios que acudirian de todas partes, asi de los bosques del Brasil como de las montañas de Chile y de las llanuras de la Plata, cubriria con un ejército temible el teatro de la guerra. Las grandes poblaciones, como Lima, Cuzco y Puño debian ser destruidas completamente, y no era de creer que las tropas columbianas, espulsadas hacia poco por el gobierno peruano, acudiesen al socorro de sus enemigos en peligro.

Asi, pues, todo hacia creer á los indios que verian realizado el trastorno social que meditaban con tal que el secreto quedase sepultado en su corazon y no hubiese traidores entre ellos; pero ignoraban que un hombre habia tenido una audiencia particular del presidente, para decirle que los piratas indios habian apresado á la goleta *Anunciacion*, la cual habian cargado de armas de todas clases y que varias canoas habian hecho el alijo en la embocadura del Rimac; este hombre reclamaba una gruesa indemnizacion por el servicio que prestaba al gobierno peruano, y sin embargo, este hombre habia alquilado su buque á los agentes del Zambo, y no contento con el considerable precio que habia recibido por este alquiler, quiso tambien vender el secreto que habia sorprendido.

Ya conocerá el lector por estos rasgos al judío Samuel.

II.

¡ TRISTES ESPONSALES !

Restablecido completamente Andrés Rubiales y seguro de la muerte de Martin Paz, apresuraba cuanto podia su casamiento, deseoso de pasear cuanto antes por las calles de Lima á la hermosa judía.

Sara seguia manifestándole una altiva indiferencia; pero él no hacia caso de esto, considerándola como un objeto de venta que pagaba bien en 75,000 duros.

Sin embargo, Andrés Rubiales desconfiaba del judío y con razon, porque si el contrato era poco decente, lo eran menos los contratantes. Asi es, que el mestizo quiso tener con Samuel una entrevista secreta, y al efecto lo llevó un día á los baños de mar de Chorrillos. No le disgustaba por otro lado tentar la suerte antes de sus bodas; los juegos

públicos que están prohibidos en Lima, se toleran fuera de la ciudad, siendo imposible dar una idea de la pasión que tienen al juego los limeños y las limeñas.

Pocos días después de la llegada del marqués de la Selva Verde se abrieron los juegos y desde entonces hubo un movimiento perpétuo de población en el camino de Lima; tal había que iba á pie y volvía en coche y tal que iba á arriesgar y perder los últimos restos de su fortuna.

El marqués y Martin Paz no tomaban ninguna parte en estas diversiones. Los insomnios del joven indio tenían causas mas nobles; soñaba con Sara y pensaba en su bienhechor.

Por otra parte, la concurrencia de los limeños á los baños de Chorrillos ningun temor podía inspirarle á causa de lo poco conocido que era de los habitantes de la ciudad, como todos los indios de las montañas. Después de pasear todas las tardes con el marqués, se volvía Martin Paz á su casa y asomándose á la ventana pasaba horas enteras dejando vagar sus pensamientos tumultuosos sobre el Océano Pacífico. El marqués, que ocupaba una pieza inmediata, le vigilaba con paternal ternura.

El español seguía acordándose de la hija de Samuel á la que tan inopinadamente había encontrado orando en el templo católico; pero no se había atrevido á confiar este grave secreto á Martin Paz, temiendo reanimar los sentimientos que quería extinguir, porque el pobre indio desconocido y proscripto debía renunciar á toda esperanza de felicidad. Por otra parte el padre Felix procuraba tener al marqués al corriente de todo; la policía había concluido por abandonar las pesquisas para averiguar el paradero de Martin Paz, y con el tiempo y la influencia de su protector el indio haciéndose hombre de mérito y capaz de grandes cosas, podría algun día ocupar su rango en la sociedad peruana.

Desesperado Martin Paz de la incertidumbre en que le tenía su incógnito, resolvió indagar noticias de la joven judía. Gracias á su traje español podía deslizarse en una sala de juego y escuchar todas las conversaciones. Andrés Rubiales era un hombre demasiado conocido para que no fuese el tema de ellas su casamiento, próximo á verificarse.

Una noche en vez de dirigirse hácia el lado de la mar, trepó el indio á las altas rocas sobre las cuales están situadas las casas principales de Chorrillos; una de estas á que precedía una ancha escalera de piedra, llamó sus miradas y penetró en ella sin hacer el menor ruido. Lo primero que se ofreció á sus ojos fué una gran mesa cubierta de un tapete verde y rodeada de jugadores: estaba dividida en cuatro tableros por dos líneas que se cortaban en el centro en ángulos rectos; en cada una de las reparticiones se veían las primeras letras de las palabras *azar* y *suerte*, A y S. Los jugadores apuntaban á cualquiera de estas letras. El banquero echaba sobre la mesa dos dados, cuyos puntos combinados hacían ganar á una ú otra letra.

En aquel momento estaban muy animadas las partidas del monte, llamando muy particularmente la atención el ardor febril con que jugaba un mestizo, á pesar de lo mucho que perdía.

—¡Dos mil pesos! exclamó.

El banquero agitó sus dados y el jugador prorumpió en imprecaciones.

—¡Cuatro mil pesos! volvió á decir; pero esta vez tuvo la misma suerte que antes.

Martin Paz, protegido por la sombra del salón, pudo examinar de frente al jugador, y al reconocerle se puso pálido. Era Andrés Rubiales, y á su lado estaba de pie el judío Samuel.

—Basta, basta, don Andrés le dijo Samuel, no está vd. esta noche de vena.

—¿Qué le importa á vd? respondió bruscamente el mestizo.

Samuel se acercó á su oído.

—Si no me importa á mi, le importa á vd. dejar este vicio antes de casarse.

—¡Ocho mil pesos! respondió Andrés, apuntando á la S.

Salió la A; el mestizo deoró una blasfemia, y sacando un paquete de billetes de su bolsillo iba á jugar una suma considerable; púsole en uno de los tableros, y ya el banquero movía los dados, cuando le detuvo una seña de Samuel. El judío se inclinó otra vez al oído del mestizo y le dijo:

—Si no le queda á vd. nada para concluir nuestro contrato, délo vd. por roto y anulado.

Andrés Rubiales se encogió de hombros. se guardó su dinero y salió.

—Ahora continúe vd., dijo Samuel en voz baja al banquero; cuando ese señor se case, puede vd. si quiere, arruinarlo.

El banquero hizo una sumisa reverencia. El judío Samuel era el fundador y propietario de los juegos de Chorrillos: donde quiera que había un real que ganar, allí se hallaba aquel hombre.

Seguido al mestizo y hallándose en la escalinata le dijo:

—Tengo que comunicarle cosas muy graves; ¿dónde hallaremos con seguridad?

—Donde vd. quiera, respondió Rubiales con indiferencia.

—Cuidado, señor, no pierda por su mal humor su porvenir. No me fio de las habitaciones mejor cerradas, ni de los campos mas desiertos para entregar mi secreto.

Hablando así, aquellos dos hombres llegaron á la orilla del mar delante de las barracas destinadas á los bañistas, sin sospechar que habían sido vistos, escuchados y espiados por Martin Paz, que se deslizaba á favor de la oscuridad como una serpiente.

—Tomemos una canoa, dijo Andrés, y alejémonos de la orilla; tal vez los tiburones quieran ser discretos.

Andrés desatracó de la playa una embarcación pequeña, dando algunas monedas al hombre que cuidaba de ella.

Samuel se embarcó con él, y el mestizo se hizo mar adentro, bogando vigorosamente con dos remos: pronto estuvieron á dos millas de tierra.

Al ver alejarse la canoa, Martin Paz, que permanecía oculto en la fragosidad de una roca, se desnudó á toda prisa, y echándose al mar, se puso á nadar hácia la embarcación.

El sol acababa de apagar sus últimos rayos en las olas del Océano, y sobre las crestas de ellas vagaban silenciosas tinieblas.

Martin Paz no había pensado siquiera en que tiburones de la especie mas peligrosa surcaban aquellas aguas funestas, y se detuvo á corta distancia de la embarcación, á fin de poder oír lo que hablasen.

—Pero ¿qué prueba de la identidad de la hija puedo presentar al padre? preguntaba Andrés al judío.

—Le recordará vd. las circunstancias en que la perdió.

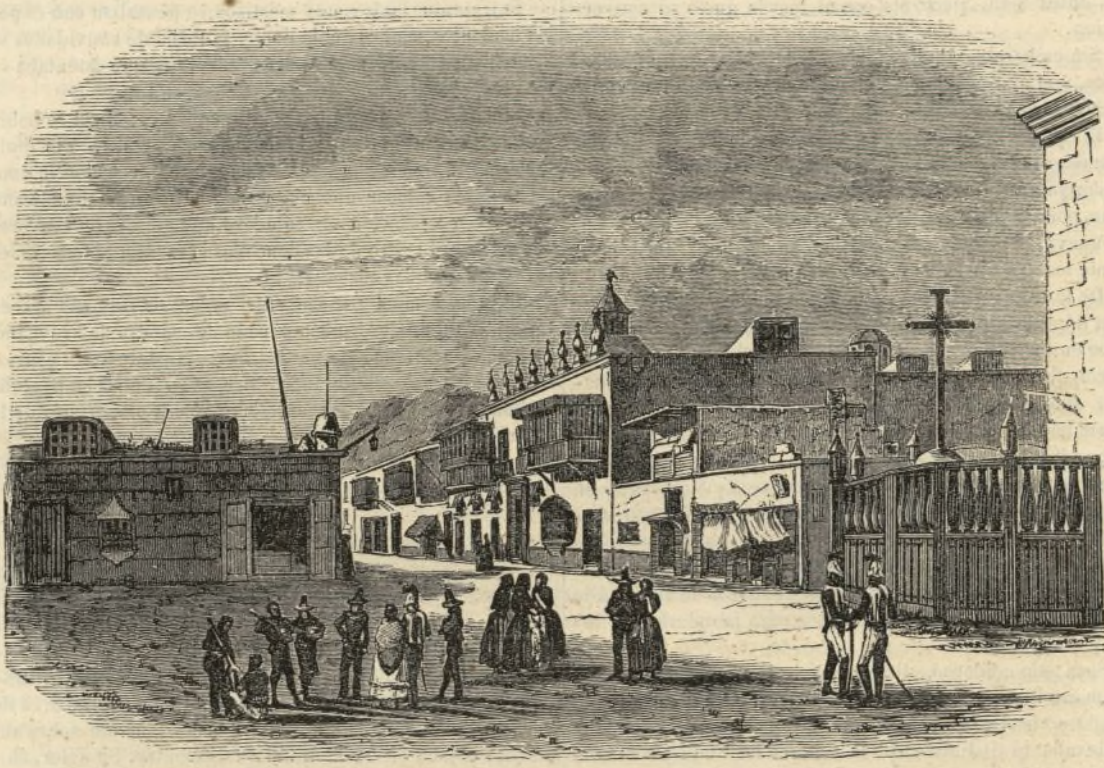
—¿Qué circunstancias son esas?

—Voy á decirlas.

Martin Paz; que procuraba sostenerse lo menos que podía á flor de agua para que no le viesen, escuchaba sin comprender. Por lo demás, para cualquier evento inesperado llevaba un puñal en un cinturon ceñido al cuerpo.

—Su padre, dijo el judío, habitaba la isla de Concepcion en Chile; ya entonces era el gran señor que vd. conoce, solo que su fortuna rivalizaba tambien con su nobleza. Obligado á venir á Lima por asuntos de interés, partió solo, dejando en Concepcion á su muger y á su hija, niña de quince meses. El clima del Perú le sentó muy bien, y escribió á la

marquesa que viniese á unirse con él. En efecto, embarcóse aquella en Valparaíso á bordo del *San José* con algunos criados de confianza. Yo venia al Perú en el mismo buque. El *San José* debía hacer escala en Lima; pero á la altura de Juan Fernandez fué acometido por un huracan terrible, que lo desvió de su rumbo, y en menos de media hora empezó á hacer agua é irse á pique. La tripulacion y los pasajeros se refugiaron en la lancha; pero al ver la marquesa el mar embravecido, no quiso poner el pie en ella, y estrechando á su hija en sus brazos se quedó en el navío. Tambien yo me quedé allí con ella; la lancha se alejó y á cien brazas del *San José* desapareció debajo de las olas con toda su tripulacion. Nos quedamos solos: la tempestad se desencadena-



Taberna de los conjurados indios.

ba con una violencia que crecía por momentos; pero como mi fortuna no iba á bordo, lo llevaba todo con paciencia y resignacion. El *San José*, que tenia ya cinco pies de agua en su sentina, se fué á pique haciéndose mil pedazos contra las rocas. La jóven fué arrojada al mar con su hija; pero felizmente para mí, añadió el judío con lúgubre sonrisa, pude coger á la criatura y ganar la playa con ella.

—¿Son exactos todos esos pormenores?

—Como os lo cuento. El padre los recordará perfectamente. ¡Oh! preciso es confesar que aquel día hice una gran jugada, puesto que me vale los setenta y cinco mil pesos que vá vd. á darme. Ea, ahora ya puede vd. casarse mañana.

—¿Qué quiere decir esto? se preguntaba Martin Paz, nadiendo siempre en la oscuridad.

—Aquí tiene vd. mi cartera con los setenta y cinco mil

pesos; tómela vd., maese Samuel, respondió Rubiales al judío.

—Gracias, don Andrés, dijo el israelita cogiendo el tesoro; tome vd. este recibo en cambio; me comprometo á dar á usted el doble de esta suma, si no llega vd. á pertenecer á una de las primeras familias de España.

El indio no había oído esta última frase, pues queriendo evitar que se aproximase á él demasiado la lancha, se había zambullido hasta dejarla pasar á lo largo. En seguida volvió á salir á flor de agua, y sus ojos vieron una mole informe deslizarse rápidamente hácia él. Creyó ser la canoa, pero se engañaba: era un enorme tiburón.

Martin Paz no tembló, porque se habría perdido irremisiblemente; se sumergió en el agua; pero pronto tuvo que salir á la superficie para respirar... Miró al cielo como si fuese la última vez. Las estrellas brillaban sobre su cabeza;

el tiburón seguía acercándose en términos, que al sacudir un fuerte golpe con la cola, sintió Martín Paz el roce de sus viscosas escamas en el pecho... El tiburón, para engullirse-lo, se volvió de espalda, y abriendo sus mandíbulas armadas de una triple hilera de dientes... Martín Paz vió brillar debajo de las olas el vientre blanco del animal, y con la mayor rapidez le hirió con su puñal. De repente se halló nadando en un lago de sangre... Se zambulló en las aguas, volvió á aparecer como á diez brazas de distancia, y no viendo ya á la embarcación del mestizo, se dirigió á la costa, á donde llegó pronto, olvidado enteramente de que acababa de libertarse de la muerte. No tardó en reunirse con el marqués, que no habiéndole hallado á la vuelta, le esperaba con ansiedad. Paz no le habló de nada, antes bien, afectó oír con el mayor gusto su conversacion.

Sin embargo, al día siguiente dejó Martín Paz á Chorrillos, y el marqués lleno de inquietud y zozobra, se volvió aceleradamente á Lima.

El casamiento de Andrés Rubiales con la hija del rico Samuel, era un verdadero acontecimiento. Las señoras no tenían ya un momento de descanso; moralmente se consumían por querer inventar algún lindo corpiño ó alguna cofia nueva, y físicamente se fatigaban en probar incesantemente los mas variados y distintos peinados y adornos.

De la casa de Samuel no hay que hablar, porque no tenían número los preparativos que allí se hacían, pues entraba en los proyectos del judío dar mucho ruido é importancia al casamiento de Sara. Los frescos de los techos habían sido suntuosamente restaurados, y ricas colgaduras adornaban las puertas y ventanas. En todos los salones, impregnados de una suavísima frescura, llamaban la atención muebles tallados de las maderas mas raras y olorosas, y en os que competía el mérito artístico con el buen gusto. Los mas raros arbustos, las producciones de los países cálidos regocijaban la vista con sus espléndidos colores, y cualquiera hubiese dicho que la primavera se había deslizado á lo largo de las balaustradas y terrados para inundarlos de flores y de perfumes.

Sara, sin embargo, lloraba en medio de aquellas risueñas maravillas; no abrigaba la menor esperanza, porque el Zambo no las tenía, y el Zambo no esperaba nada, porque no llevaba el distintivo de la esperanza. El negro Atilano había espiado los pasos del viejo indio, y nada absolutamente había visto. ¡Ay! si la pobre niña hubiera podido seguir los movimientos de su corazón, se habría encerrado en un monasterio para vivir entregada á la oración y á las lágrimas, y morir en paz y llena de resignación cristiana.

Impelida por un irresistible atractivo hacía los dogmas del catolicismo, la joven judía se había convertido secretamente, y merced al celo y á la solicitud del buen padre Félix, había entrado en el gremio de la iglesia y abrazaba esa religion de esperanza y amor que tanto simpatizaba con los sentimientos de su corazón. Si Samuel la hubiera destinado á un judío habría confesado públicamente sus nuevas creencias; pero debiendo casarse con un católico, reservaba para su marido el secreto de su conversion.

El padre Félix, queriendo evitar todo escándalo, y por otra parte leyendo mas en su breviario que en el corazón humano, había dejado á Sara creer en la muerte de Martín Paz, pues siendo la conversion de la judía la cosa que mas

le importaba, solo se cuidaba de ver aquella asegurada por medio del casamiento de Sara con Andrés Rubiales, y procuraba habituarla á esta union, cuyas condiciones estaba muy lejos de sospechar.

En fin, aquel día tan alegre para los unos y tan triste para los otros, había llegado. Andrés Rubiales había convidado á toda la ciudad á las fiestas nupciales; pero su convite no obtuvo resultado respecto de la familias nobles, que se disculparon con motivos mas ó menos plausibles. El mestizo sin embargo, levantó orgullosamente la cabeza, y apenas se dignó dirigir alguna que otra mirada á las gentes de su condicion; el pequeño Oliva ensayó inútilmente sus mas humildes bajezas; pero se consoló al pensar que figuraría como parte activa en la comida de las bodas.

Entretanto los jóvenes mestizos se paseaban con él por los brillantes salones del judío, y la turba de convidados se agrupaban alrededor de Andrés Rubiales, que ostentaba su rico traje de boda.

El contrato debía firmarse muy en breve; el sol se había puesto hacia largo rato y la novia no parecía.... Sin duda estaba discutiendo con sus dueñas y camareras el sitio donde se debía colocar una cinta ó la eleccion de un adorno. ¡Acaso esa vacilacion encantadora que anima con tan frescos colores el rostro de las doncellas la mantenía todavía lejos de las miradas curiosas!

El judío Samuel parecía entregado á un disgusto secreto; Andrés Rubiales fruncía el ceño de manera que revelaba su impaciencia. Millares de bugías repetidas por los espejos llenaban los salones de luces brillantes. Fuera se paseaba un hombre con ansiedad mortal: este era el marqués de la Selva Verde.

III.

TODOS LOS INTERESES EN JUEGO.

Sara, sin embargo, se había quedado sola, sola con sus angustias y sus dolores. Iba á entregar toda su vida á un hombre á quien no amaba. Se apoyó en el balcón perfumado de su estancia que daba á los jardines interiores. Al través de las celosías verdes su oído percibía los rumores de la campiña dormida. El velo de encage flotando sobre sus brazos, dejaba brillar multitud de diamantes. Su dolor, altivo y magestuoso resaltaba al través de sus adornos, y se la hubierá tomado por una de esas hermosas esclavas de Siam, noblemente vestida con su ropage antiguo. De pronto se fijó su mirada en un hombre que se deslizaba silenciosamente entre las manólias; al punto le conoció: era Atilano, su criado, que parecía espiar algun invisible enemigo, tan pronto ocultándose detrás de una estatua, como echándose en el suelo.

Sara tuvo miedo y miró á su alrededor. Estaba sola, enteramente sola. Volvió á dirigir la vista á los jardines y se puso pálida. Delante de ella pasaba una escena terrible: Atilano estaba luchando á brazo partido con un hombre de gran estatura, el cual logró derribarlo en tierra: algunos suspiros sofocados probaban que una mano robusta oprimía los labios del negro. La joven reuniendo todo su valor, iba á gritar.... cuando vió levantarse á los dos hombres. El negro miraba fijamente á su adversario y exclamaba:

—¿Es vd? ¿Es vd?

Y siguió á aquel hombre estupefacto y lleno de asombro; ambos llegaron hasta debajo del balcon de Sara, y repentinamente antes de que ella hubiera podido lanzar un grito, se le apareció dentro de la estancia Martin Paz como un fantasma del otro mundo; del mismo modo que el negro oprimido debajo de la rodilla del indio, la doncella abrumada bajo la mirada de Martin Paz no pudo á su vez pronunciar mas que estas palabras:

—¿Es vd? ¿Es vd?

El jóven indio fijó en ella sus ojos inmóviles y la dijo:

—¿Oye la desposada los rumores de la fiesta? Los convidados se agrupan en los salones para ver brillar la felicidad en su rostro. ¿Es, pues, una víctima preparada para el sacrificio, la que se va á presentar á sus miradas codiciosas? ¿Es así, con esas facciones pálidas con el dolor, con esos ojos de donde brotan lágrimas amargas, cómo puede presentarse la doncella á su prometido esposo?

Martin Paz hablaba con voz llena de simpática tristeza y Sara le oía vagamente como esas armonías que pasan en los sueños.

El jóven indio añadió con dulzura infinita:

—Puesto que el alma de la doncella está de duelo, que mire mas lejos que la casa de su padre, mas lejos que la ciudad donde sufre y llora; por encima de las montañas, las palmeras levantan libremente la cabeza, los pájaros bien den el aire con ala independiente; los hombres tienen la inmensidad para vivir y las mugeres esplayan su alma y su corazón.

Sara fijó la vista en Martin Paz, que con la cabeza erguida y tendiendo el brazo hacia la cumbre de las Cordilleras, mostraba á la jóven el camino de la libertad. Sentíase aquella como impelida por una fuerza invencible.... Ya llegaba á sus oídos el rumor de voces y pasos; era indudable que se aproximaba gente á su cuarto; tal vez iba á entrar su padre acompañado de Andrés... El indio apagó de pronto la lámpara suspendida encima de su cabeza, y un silbido semejante al que se habia dejado oír en la Plaza Mayor atravesó las silenciosas tinieblas de la noche; la jóven perdió el conocimiento.

La puerta se abrió repentinamente y aparecieron Samuel y Andrés Rubiales. La oscuridad era profunda; algunos criados acudieron con antorchas encendidas... La estancia estaba vacía.

—¡Maldición! exclamó el mestizo.

—¿Dónde está Sara? gritó Samuel.

—Vd. es responsable de ella, le dijo brutalmente Andrés Rubiales.

Al oír estas palabras el judío sintió penetrar hasta la médula de sus huesos un frío mortal.

—¡Socorro, socorro! exclamó, y seguido de sus criados se lanzó fuera de la casa.

Martin Paz huía rápidamente por las calles de la ciudad, siguiendo sus huellas el negro Atilano; pero sin que al parecer quisiera disputarle la jóven.

A doscientos pasos de la casa del judío halló Paz á algunos indios de sus compañeros que se habian reunido al silbido que él habia dado, y exclamó:

—¡A nuestros ranchos de las montañas!

—A la casa del marqués de la Selva Verde, dijo otra voz detrás de él.

Martin Paz volvió la cara y vió al español, el cual le dijo:

—¿No quieres confiarme esa jóven?

El indio inclinó la cabeza y con voz debilitada dijo á sus compañeros:

—A casa del marqués de la Selva Verde.

Los indios se dirigieron con él por aquel lado. Reinaba á la sazón en los salones del judío el mayor desorden, pues la noticia de la desaparición de Sara habia llenado á todos de confusión y sorpresa; los amigos de Andrés corrieron en pos de él, y no hubo rincón en el arrabal de San Lorenzo que no fuese explorado y registrado cuidadosamente; pero nada pudieron descubrir. Era tal la desesperación de Samuel que se arrancaba los cabellos. En toda la noche cesaron las mas activas pesquisas; pero todas fueron inútiles.

—¡Martin Paz está vivo! exclamó Andrés Rubiales en un momento de furor, y pronto este presentimiento tomó la consistencia de un hecho averiguado. La policía fué inmediatamente informada del rapto; pusieron en movimiento sus agentes mas activos; los indios fueron vigilados de cerca, y si no se descubrió el retiro de la jóven, se adquirieron pruebas evidentes de una próxima rebelión, pruebas que estaban conformes con las denuncias del judío.

Andrés Rubiales prodigó el oro á manos llenas; pero nada pudo saber. Entretanto los centinelas de las puertas afirmaban no haber visto salir á nadie de Lima; por consiguiente era indudable que Sara permanecía oculta en la ciudad.

Al volver Atilano á la casa de su amo fué interrogado muchas veces; pero nadie se mostraba mas asombrado que él del rapto de Sara.

Sin embargo, otro hombre habia visto en la desaparición de la judía una prueba de la existencia de Martin Paz; este hombre era el Zambo, que vagaba por las calles de Lima cuando llamó su atención el silbido dado por el indio, pues era la señal de reunión que conocia perfectamente. Así, pues, el Zambo pudo presenciar el rapto de la jóven y seguirla desde lejos hasta la casa del marqués.

El español hizo que la introdujesen por una puerta secreta, cuya llave tenia él solo, de modo que sus criados no sospecharon nada. Martin Paz sostenia á la jóven en sus brazos y la depósito sobre una cama.

Cuando el marqués, que para mayor disimulo habia querido entrar por la puerta principal, llegó al aposento donde descansaba Sara, halló á Martin Paz arrodillado delante de ella, y ya iba á reconvenir al indio por su conducta, cuando éste le dijo:

—Ya ve vd., padre mio, si le amo. ¡Ay! ¿por qué se ha atravesado vd. en mi camino? A estas horas estaríamos libres en nuestras montañas. ¿Pero cómo no habia de obedecer á sus palabras?

El marqués no supo que contestar, pues hasta tal punto se hallaba conmovido. Preciso era en efecto que le amase mucho Martin Paz...

—El día en que Sara deje su casa de vd. para ser entregada á su padre y á su prometido esposo, dijo el indio suspirando, tendrá vd. un hijo y un amigo menos en el mundo.

Al pronunciar Martin Paz estas últimas palabras, humedecia con sus lágrimas la mano del marqués; eran las primeras que derramaba en su vida.

Ante aquella respetuosa sumisión desistió el marqués completamente de dirigir al indio la mas leve reconvención. La jóven era su huésped y debia ser para él una cosa sa-

grada. Púsose á contemplar á Sara que seguía desmayada, y al ver su extraordinaria hermosura no pudo menos de disculpar la acendrada pasión que había inspirado al indio.

Entonces fué cuando abriendo Sara los ojos se sorprendió de verse en presencia de un desconocido.

—¿Dónde estoy? preguntó con acento de terror.

—Al lado de un hombre generoso que me ha permitido llamarle padre, respondió Martin Paz señalando al español.

La jóven á quien la voz del indio recordaba su situación, se tapó la cara con sus manos trémulas y se puso á sollozar.

—Retirate, amigo, dijo el marqués al indio, retirate.

Martin Paz salió lentamente de la estancia, no sin haber estrechado la mano del español y dirigido á Sara una amorosa mirada.

Entonces el marqués prodigó á aquella pobre niña los

consuelos de la mas esquisita delicadeza, empleando un lenguaje digno de expresar sus generosos sentimientos de nobleza y de honor. Atenta y resignada comprendió la jóven la gravedad del peligro de que se escapaba, y confió su porvenir á los afectuosos cuidados del español; pero en medio de frases interrumpidas por los suspiros y mezcladas de lágrimas comprendió el marqués el inmenso cariño que aquella inocente jóven profesaba al hombre á quien llamaba su salvador. Invitó á Sara á que descansara un rato y veló por ella con la solicitud de un padre.

Martin Paz por su parte había comprendido á lo que le obligaba el honor, y á pesar de los peligros que corría, no quiso pasar la noche bajo el techo del marqués.

Salió, pues; su cabeza estaba abrasada y la fiebre hacía hervir la sangre en sus venas.



Indios y negros, vendedores coco, carne asada, frutas, etc.

No había dado cien pasos en la calle cuando se arrojaron sobre él cinco ó seis hombres, y á pesar de su defensa obstinada consiguieron maniatarle. Martin Paz lanzó un rugido de desesperación que se perdió en la oscuridad. Creyéndose en poder de sus enemigos dedicó su altivo pensamiento á su amada Sara.

Poco tiempo después se hallaba el indio enamorado en una habitación. Quitáronle la venda que le cubría los ojos; miró á su alrededor y se vió en la sala baja de aquella taberna donde sus hermanos habían organizado su próxima

rebelión. Rodeábanle el Zambo, Manangani y otros. Martin Paz no pudo menos de dirigirles una mirada llena de odio pero igual ó mayor encono leyó en los ojos de sus raptos.

—¿Con qué mi hijo no ha tenido compasión de mis lágrimas, dijo el Zambo, puesto que por tanto tiempo me ha dejado creer en su muerte?

—¿Es en la víspera de una rebelión cuando nuestro gefe Martin Paz debía hallarse en el campo de nuestros enemigos?

Martín Paz no respondió ni á su padre ni á Manangani.

—¿Con qué es decir que nuestros intereses mas graves han sido sacrificados á una muger?

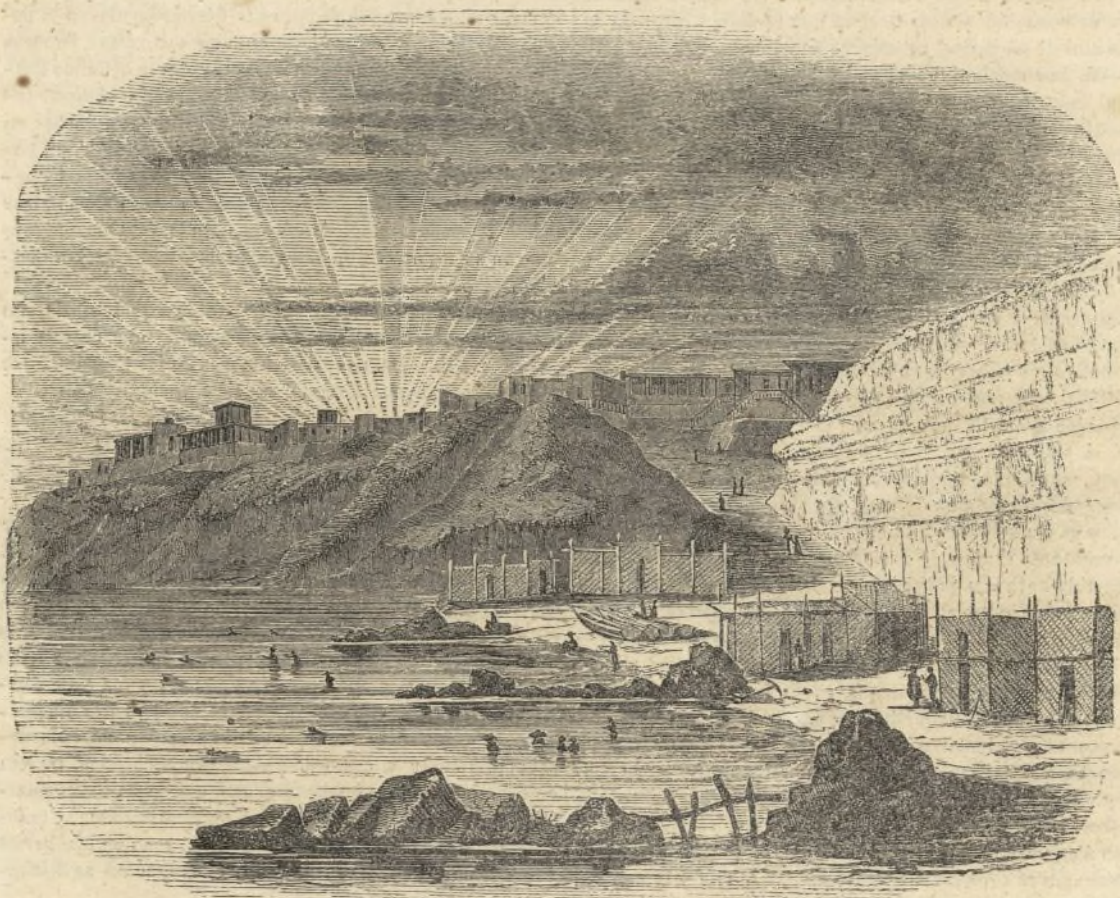
Hablando así Manangani se habia acercado á Martín Paz; un puñal brillaba en su mano; pero Martín no lo vió siquiera.

—Hablemos primero, dijo el Zambo; mas tarde obraremos. Si mi hijo no conduce á sus hermanos al combate, ya sé en quien he de recargar su traicion. Que no se descuide, porque la hija del judío Samuel no está tan oculta que pueda escapar de nuestro odio. Mi hijo reflexionará, pues condenado á muerte, proscripto y errante, no tendrá una piedra para descansar de sus dolores. Si por el contrario re-

conquista del poder de nuestros dominadores, nuestro antiguo pais y poderio, Martín Paz, gefe de numerosas tribus, podrá dar á su esposa la felicidad y la gloria.

Martín Paz permanecía silencioso; pero su alma estaba entregada á un combate terrible. El Zambo acababa de hacer vibrar las cuerdas sensibles de aquella naturaleza orgullosa; colocado entre una vida de fatigas, de peligros y de desesperacion, y una existencia feliz, honrada é ilustre, no podia vacilar; ¿pero abandonaria al marqués de la Selva Verde, cuyas nobles esperanzas le destinaban á pacificar el Perú?

—¡Oh! dijo para sí, mirando á su padre, ¡me matarán á Sara si los abandono!



Vista de los baños de Chorrillos.

—¿Qué nos responde mi hijo? preguntó el Zambo impetuosamente.

Martín Paz era indispensable á sus proyectos; porque gozaba de una autoridad suprema sobre los indios de la ciudad, que manejaba como queria, y á una señal suya los habria arrastrado á la muerte. Era, pues, preciso que volviera á ocupar su puesto en la rebelion para asegurar la victoria.

Los lazos que le sujetaban todavia fueron desatados por orden del Zambo; Martín Paz se levantó libre ya en medio de sus hermanos.

—Hijo mio, le dijo el indio que le observaba con atencion,

Tomo x.

mañana durante la fiesta de San Cristóbal, nuestros hermanos caerán como un alud sobre los limeños desarmados. Allí tienes el camino de las Cordilleras, aquí el de la ciudad; puedes ir donde quieras. Mañana encontrarás mas de un pecho mestizo donde romper tu puñal. Estás en libertad.

—¡A las montañas! Esclamó Martín Paz con sordo rugido.

El indio volvía á ser indio en medio de los grandes ruidos que le rodeaban.

—A las montañas, repitió, y maldicion sobre nuestros enemigos.

Al levantarse el sol, alumbró con sus primeros rayos el conciliábulo de los gefes indios en el seno de las Cordilleras.

Estos rayos no tuvieron alegría ni claridad para la pobre niña que lloraba y rezaba. El marqués había mandado llamar al padre Felix, y el digno religioso se halló al punto al lado de su querida penitente. ¡Qué felicidad fué para ella arrodillarse á los pies del sacerdote y depositar en su seno sus angustias y sus aflicciones! pero Sara no podia permanecer mas tiempo en la casa del español, y el padre Felix habló en este sentido al marqués, que no sabia qué partido tomar, dominado como estaba por los mas serios temores. ¿Qué era de Martin Paz? ¿Estaba en poder de los enemigos?

¡Oh! cuanto sintió el español haberle dejado durante aquella noche de alarma; así es que le buscó con toda la solícitud de un padre, pero no se le halló.

—Mi buen amigo, dijo al padre Felix, la joven está segura al lado de vd.; no la abandone vd. en este dia funesto.

—¿Pero y su padre que la busca? ¿y su novio que la espera?

—¡Un dia! ¡un solo dia! Vd. no sabe que mi existencia está unida á la de esa niña; ¡un dia, un solo dia! Pero á lo menos que encuentre yo á Martin Paz, aquel á quien mi corazon y Dios han llamado mi hijo.

El padre Felix volvió al lado de la joven, y el marqués salió y corrió por las calles de Lima, sorprendiéndole no poco el ruido, el movimiento y la agitacion de la ciudad... El motivo era haber llegado el dia de la gran fiesta de San Cristóbal, que él solo habia olvidado. Las montañas vecinas se habian cubierto de verdura y de flores; los habitantes á pie, á caballo y en coche se dirigian á una meseta célebre, situada á media legua de Lima, desde donde los espectadores gozaban de una vista admirable; mestizos é indios se confundian en la fiesta comun y marchaban alegremente en grupos de parientes ó de amigos; cada grupo ó partida lleva sus provisiones y la precede su tocador de guitarra que entona, acompañándose, los *jarabes* y cantos mas populares. Todos estos alegres grupos avanzan dando gritos de alegría por los campos de maíz y de alfalfa, al través de los bosques de plátanos, cuyos frutos cuelgan hasta el suelo, atraviesan aquellas hermosas alamedas plantadas de sauces para hallarse pronto en medio de bosques de limoneros y naranjos, cuyos embriagadores perfumes se confunden con los olores salvajes de la montaña. En toda la estension del camino tabernas ambulantes ofrecen á los que van á aquella alegre romeria el aguardiente de *pisao* y la *chica*, cuyas copiosas libaciones escitan la risa y la zambra; los ginetes hacen caracollear sus caballos en medio de la multitud y luchan en celeridad y destreza; todos los bailes en moda, sin omitir el bolero y el jarabe americano, agitan y arrastran á los caballeros y á las zambas de ojos negros. Pronto no bastan ya los sonidos de la guitarra á los movimientos desordenados de los bailarines; los músicos lanzan gritos salvajes que los estimulan hasta el delirio; los espectadores marcan el compás con los pies y las manos, y las parejas rendidas y cansadas caen en tierra unas en pos de otras.

Reina en esta fiesta una libertad inconcebible, y sin embargo, jamás viene á turbar la pública alegría la mas leve disputa, ni los coraceros necesitan echar mano de sus armas para sostener el orden.

Todas las clases de la sociedad limeña toman una parte activa en estos regocijos que duran mas de ocho dias. Cuando toda aquella turba alegre y bulliciosa de damas tapadas y destapadas, y de galantes y apuestos caballeros, llega al fin á la meseta de la montaña de San Cristóbal, se levanta un inmenso clamor de admiracion y de gozo que repiten los ecos de las Cordilleras.

A los pies de los espectadores se estiende la antigua ciudad de los Reyes, que levanta atrevidamente hácia el cielo sus torres y sus campanarios llenos de sus ruidosos esquilonés. San Pedro, San Agustin y la catedral atraen las miradas sobre sus techos resplandecientes con los rayos del sol; Santo Domingo, la rica iglesia, cuya virgen jamás está vestida de la misma manera dos dias seguidos, levanta á mayor altura que sus vecinas sus flechas agudas; á la derecha el Océano Pacífico hace ondular sus vastas llanuras azules al soplo de la brisa occidental, y desde el Callao hasta Lima puede recorrer la vista todas aquellas *chulpas* funerarias, últimos restos de la gran dinastia de los Incas; en el horizonte el cabo Morro-Solar encierra dentro de sus colinas inclinadas las maravillas esplendentes de aquel cuadro. Con razon los limeños no se cansan jamás de admirar aquellos hermosos puntos de vista, y todos los años atruenan con su algazara y su alegría las montañas de San Cristóbal.

En tanto que gozaban sin temor de aquel pintoresco paisaje y se entregaban á la expansion de una alegría irresistible, sobre las nevadas cumbres de las Cordilleras se preparaba un drama sombrío, fúnebre y sangriento.

IV.

VENCEDORES Y VENCIDOS.

Preso de su dolor ciego, el marqués marchaba sin saber á donde ni por donde. Después de haber perdido á su hija, esperanza de su raza y de su amor, ¿perderia tambien á su hijo adoptivo que habia arrancado de la muerte? El generoso español concluyó por olvidarse de Sara para no pensar mas que en Martin Paz. Desde luego le llamó la atencion el gran número de indios y zambos que vagaban por las calles; estos hombres que generalmente tomaban una parte muy activa en la fiesta de San Cristóbal, se paseaban entonces silenciosamente y como distraidos y preocupados. De vez en cuando se aproximaba á ellos algun gefe, los comunicaba una orden secreta y volvía á seguir su camino, y todos á pesar de sus rodeos, se reunian poco á poco en los barrios mas poblados de Lima, en tanto que los limeños se diseminaban por el campo.

Demasiado ocupado el marqués en sus investigaciones olvidó aquella estraña observacion; recorrió todo el barrio de San Lázaro, y v.ó á Andrés Rubiales armado de pies á cabeza y al judío Samuel desesperado, no por la pérdida de su hija, sino de la de los 75,000 duros; pero no halló á Martin Paz, á quien andaban buscando con el mayor afán... Corrió á la cárcel consistorial... ¡nada! volvió á su casa... ¡nada! Montó á caballo y voló á Chorrillos... ¡nada! Regresó al fin, rendido de cansancio á Lima; las cuatro daban en la catedral.

El marqués observó delante de su casa varios grupos de indios; pero no podia sin comprometer al hombre á quien buscaba preguntarles: ¿dónde está Martin Paz?

Entró, pues, en su casa mas desesperado que habia salido, é inmediatamente apareció un hombre por una boca calle contigua y se dirigió á los indios. Este hombre era el Zambo.

—El español está de vuelta, les dijo; ya le conoceis, es uno de los representantes mas ilustres que nos oprimen; ¡maldicion sobre él!

—¿Y cuándo hemos de acometer?

—Cuando den las cinco, y el toque de alarma lleve hasta las montañas la señal de la venganza.

En seguida se encaminó el Zambo precipitadamente hacia la taberna y se reunió con los gefes principales de la rebelion.

Entretanto el sol comenzaba á declinar hacia el horizonte; era la hora en que la aristocracia limeña iba á disrutar tambien de la fiesta; á derecha é izquierda debajo de los árboles del camino desfilaran multitud de coches, donde las hermosas limeñas ostentaban sus mas ricos tocados.

Las cinco dieron de pronto en la torre de la catedral, y un sonido fúnebre y aterrador conmovió los aires; el toque de alarma vino á helar á la multitud en medio de su delirio y de su alegría.

Un grito inmenso resonó en la ciudad. De todas las plazas, de todas las calles, de todas las casas salieron indios brotando cólera por los ojos y con las armas en la mano. Los hermosos barrios de la ciudad estaban obstruidos por aquellos hombres, algunos de los cuales sacudian por encima de sus cabezas antorchas encendidas.

—¡Mueran los españoles! ¡Mueran los opresores! Tal era el grito y la consigna de los sublevados.

La gente que volvía á Lima tuvo que retroceder delante de aquellas masas: empero no tardó en cubrirse de otros enemigos la cumbre de las colinas, siendo ya imposible toda retirada; los zambos se precipitaron como el rayo sobre aquella multitud cansada del baile y de los festejos del día; en tanto que los indios de las montañas se abrieron un camino sangriento incorporándose á sus hermanos de la ciudad.

Cualquiera puede figurarse el aspecto que presentaría Lima en aquel momento terrible. Los rebeldes habian dejado la plaza de la taberna, y diseminádose por todos los barrios de la ciudad; á la cabeza de una de las columnas, ondeaba Martin Paz la bandera negra, la bandera de la independencia, y en tanto que los indios de las demas calles atacaban las casas designadas á la ruina, entraba Martin Paz en la plaza con su tropa; no lejos de él iba Manangani dando aullidos feroces, y mostrando con orgullo sus brazos ensangrentados. Pero los soldados del gobierno, enterados de la rebelion, se habian formado en orden de batalla delante del palacio del presidente; una descarga nutrida recibió á los insurgentes á su entrada en la plaza: sorprendidos por aquel ataque inesperado que tendió en tierra á buen número de los suyos, se lanzaron con furor sobre las tropas, trabándose una refriega horrible en que los hombres lucharon cuerpo á cuerpo. Martin Paz y Manangani hicieron prodigios de valor, y solo escaparon de la muerte por milagro. Necesitaban apoderarse del palacio á toda costa y atrincherarse en él.

—¡Adelante! gritó Martin Paz; y su voz arrastró á los indios al asalto, y aunque por todas partes eran acometidos, lograron hacer retroceder el cordon de tropas que guarnecian el palacio. Ya Manangani pisaba los primeros escalones del

peristilo, cuando tuvo que pararse de pronto al ver abrirse las filas de los soldados y asomar las bocas de dos cañones dispuestos á ametrallar á los sitiadores. No habia que perder un minuto de tiempo; era preciso arrojarle sobre la bateria antes de que hiciera fuego.

—¡Nosotros dos! ¡nosotros dos! exclamó Manangani dirigiéndose á Martin Paz; pero éste ya no le escuchaba; un negro se habia aproximado á él, y le decia al oido estas palabras:

—Están saqueando la casa del marqués de la Selva Verde y tal vez lo asesinen.

A estas palabras retrocedió Martin Paz, y aun cuando Manangani le cogió por el brazo, le rechazó con mano vigorosa y corrió hacia la plaza.

—¡Traidor, traidor, infame! gritó Manangani disparando sus pistolas sobre Martin Paz.

En aquel momento hicieron fuego los cañones, y la metralla barrió las escaleras llenas de indios.

—A mí, hermanos, exclamó Martin Paz, y algunos fugitivos, leales compañeros suyos, se unieron á él: con este peloton pudo abrirse paso por entre los soldados.

Esta fuga tuvo todas las consecuencias de una traicion, pues los indios se creyeron abandonados por su gefe, y Manangani trabajó inútilmente por llevarlos de nuevo al combate; una nutridísima descarga de fusilería los envolvió en una red de balas, y desde entonces no fué ya posible reunirlos; la confusion llegó á su colmo y la derrota era completa. Las llamas que se levantaban en ciertos barrios atrañeron á algunos fugitivos al robo y al pillage; pero los soldados vencedores los persiguieron á bayoneta calada, y mataron sin compasion á la mayor parte de ellos.

Durante este tiempo habia llegado Martin Paz á la casa del marqués de la Selva Verde, teatro á la sazón de una lucha encarnizada, dirigida por el mismo Zambo, el cual tenia doble interés en hallarse allí, pues al mismo tiempo que combatia al noble español podia apoderarse de Sara, prenda de la fidelidad de su hijo.

Al ver regresar á Martin Paz no dudó ya de su traicion, é hizo que sus hermanos volviesen armas contra él.

La puerta y las paredes del patio, derribadas y destruidas, dejaban ver al marqués, espada en mano, rodeado de sus fieles criados y haciendo frente á un peloton de indios. El orgullo y el valor de aquel hombre eran sublimes; presentábase el primero á los golpes mortales, y su brazo temible le habia cercado de cadáveres. Pero ¿qué hacer contra aquella turba de indios que se iba aumentando con todos los vencidos de la Plaza Mayor? El marqués veia sin aliento y desfallecidos á sus defensores, y ya no le quedaba mas recurso que dejarse matar, cuando llegó Martin Paz: rápido como el rayo cargó á los agresores por detrás, los obligó á volverse contra él, y en medio de las balas y de las maldiciones penetró hasta donde estaba el marqués, formándole una muralla con su cuerpo. Entonces los sitiados cobraron valor y fuerzas.

—Bien, hijo mio, bien, dijo el marqués á Martin Paz apretándole la mano; pero el indio estaba triste y pensativo.

—Bien, Martin Paz, gritó otra vez que penetró hasta su alma; reconoció á Sara y su brazo trazó á su alrededor un círculo de sangre.

La tropa del Zambo empezó á cejar: veinte veces aquel

nuevo Bruto había dirigido sus golpes contra su hijo sin poder alcanzarle, y veinte veces Martín Paz había separado su arma próxima á herir á su padre.

De repente apareció al lado del Zambo el feroz Manangani cubierto de sangre.

—Has jurado, le dijo, vengar la traición de un infame en sus parientes, en sus amigos y en su propia persona. Pues bien, ya es tiempo: mira á los soldados que llegan: el mestizo Andrés Rubiales viene con ellos.

—Ven, pues, Manangani; dijo el Zambo con risa feroz; ven, pues, porque se aproxima el momento de nuestra propia venganza.

Uno y otro abandonaron la casa del marqués, mientras que sus compañeros siguieron allí esponiendo sus pechos á las balas. Dirigiéronse á la tropa que llegaba á paso de carga, y aun cuando vieron que los fusiles apuntaban hácia ellos, no se intimidó el Zambo, y aproximándose al mestizo le dijo:

—¿Es vd. don Andrés Rubiales? Pues bien, sepa que su novia está en la casa del marqués de la Selva Verde, y que Martín Paz se la va á llevar á las montañas.

Diciendo esto desaparecieron los indios. De esa suerte había puesto el Zambo frente á frente á los dos mas mortales enemigos, y engañados por la presencia de Martín Paz al lado del marqués, se lanzaron los soldados contra su casa.

Andrés Rubiales estaba ébrio de furor; así es que apenas descubrió á Martín Paz se precipitó sobre él.

—¡Dejadnos á nosotros dos! gritó el indio, y abandonando la escalera de piedra que tan valientemente había defendido, se reunió al mestizo. Durante este tiempo los compañeros de Martín Paz rechazaban á las tropas cuerpo á cuerpo.

Entretanto Martín Paz había cogido á Andrés Rubiales, y con su vigorosa mano sujetándole en términos que el mestizo no podía servirse de sus pistolas. En esta actitud lucharon largo rato sin que pudieran aproximarse á ellos amigos ni enemigos, hasta que faltándoles la respiración cayeron los dos al suelo. Andrés Rubiales se levantó sobre Martín Paz, cuyo puñal se le había deslizado de las manos. El mestizo alzó el brazo; pero el indio logró sujetarlo antes de que hubiera podido descargar el golpe. El instante era horrible. En vano quiso desasirse Andrés Rubiales, porque Martín Paz, con un vigor sobrenatural, volvió contra el mestizo el puñal y aun el brazo que lo manejaba, y se lo sepultó todo en el corazón.

Martín Paz se incorporó ensangrentado. El campo estaba ya libre. Los soldados huían por todas partes. Martín Paz había vencido si se hubiera quedado en la Plaza Mayor. Echándose en los brazos del marqués, le dijo éste:

—A las montañas, hijo mío, huye á las montañas; ahora yo te lo mando.

—¿Habrá muerto mi enemigo? dijo Martín Paz aproximándose al cadáver de Andrés Rubiales.

Un hombre le estaba registrando en aquel momento, y acababa de sacarle del bolsillo una cartera. Martín Paz se arrojó sobre aquel hombre y lo derribó al suelo: era el judío Samuel.

El indio recogió la cartera, la abrió, la registró rápidamente, lanzó un grito de alegría, y corriendo hácia el marqués le entregó un papel en el que había estas palabras:

«He recibido del señor don Andrés Rubiales la suma de 75,000 pesos fuertes, y me obligo á restituírle doble cantidad, si Sara, á quien salvé del naufragio del navío *San José*, y le doy por esposa, no es hija y única heredera del marqués de la Selva Verde.

SAMUEL.»

—¡Mi hija! ¡Mi hija! exclamó el español, y cayó en los brazos de Martín Paz, que lo llevó al aposento de Sara. Pero ¡ay! la jóven no estaba allí; el padre Félix, bañado en su sangre, solo pudo articular estas palabras:

—¡El Zambo! se la ha llevado... ¡hácia el río de Madeira!...

Y en seguida perdió el conocimiento.

V.

LAS CATARATAS DEL MADEIRA.

—¡En marcha! ¡en marcha! gritó Martín Paz; y sin pronunciar una palabra le siguió el marqués, preocupado solo de la idea de hallar á todo trance á su hija.

Inmediatamente trajeron dos mulas, preparadas como para un largo viage al través de las Cordilleras. El marqués y Martín Paz montaron en ellas, envueltos en sus ponchos; se ataron por encima de sus rodillas grandes polainas; sus pies, armados de largas espuelas, iban apoyados en anchos estribos, y cubrían sus cabezas sombreros de paja de Guayaquil. Las fundas de cada silla iban provistas de buenas pistolas: el marqués llevaba suspendida á su lado una carabina, cuya arma sabía manejar diestramente, y Martín Paz se había arrollado alrededor del cuerpo su temible lazo, cuyo extremo iba fijo en el arnés de su mula.

El español y el indio picaron espuelas, y en el momento de salir de la ciudad fueron alcanzados por un negro, equipado de la misma manera que ellos. Era este el fiel criado Atilano, que quería ayudar á aquellos en la pesquisa de su señora.

Martín Paz conocía perfectamente todos los campos y montañas que iban á atravesar; sabía además á qué tribus salvajes y á qué país árido llevaba el Zambo á su esposa... ¡Su esposa! No se atrevía ya á dar este nombre á la hija del marqués de la Selva Verde.

—¡Hijo mío! dijo este último. ¿Abriga tu corazón alguna esperanza?

—Tanta como odio y ternura.

—Pues bien: la hija del judío, no por resultar ser hija mía, ha dejado de ser tuya.

—Marchemos, pues, marchemos, dijo animado Martín Paz.

En su camino vieron los viajeros á gran número de indios fagitivos que se volvían á sus ranchos en medio de las montañas. La dispersión y la derrota no había tardado en seguir á la defección de Martín Paz. Si la rebelión había triunfado en algunos puntos del territorio, recibió su golpe de muerte en Lima.

Los tres ginetes marchaban rápidamente, no llevando mas que una idea y un objeto. Muy pronto se internaron en las gargantas impracticables de las Cordilleras. Malos senderos circulaban al través de aquellas masas rojizas, plantadas de trecho en trecho de cocoteros y de pinos; los ce-

dros, los algodóneros y los aloes quedaban detrás de ellos, con los campos cubiertos de maíz y de mielga; algunas cambroneras picaban de vez en cuando á sus mulas y las hacían vacilar sobre la pendiente de los precipicios.

Penosa era la empresa de atravesar las Cordilleras durante aquellos meses de estío, porque el deshielo de las nieves bajo la influencia del sol de junio hacía brotar cataratas imprevistas bajo los pasos de los viajeros; muchas veces, desprendiéndose de la cumbre moles espantosas, iban á sepultarse cerca de ellos en los abismos sin fondo. Empero ellos seguían marchando sin sentir el huracán ni el frío de aquellas altas soledades; viajaban día y noche sin

encontrar jamás ni un pueblo ni una aldea donde descansar un momento, y gracias si en algunas cabañas estraviadas hallaban alguna estera donde tender sus miembros fatigados, algunos pedazos de carne secada al sol y algunas calabazas llenas de agua fangosa.

Llegaron al fin á la cumbre de los Andes, á 14,000 pies sobre el nivel del mar; allí no había árboles ni vegetación, y algunas veces les salía al encuentro algún oso de los muchos que por allí abundan. Frecuentemente por las tardes se veían envueltos por esas formidables tempestades de las Cordilleras que levantan torbellinos de nieve sobre las cimas más elevadas. El marqués, poco acostumbrado á estos



Danza limeña.

peligros terribles, se paraba de vez en cuando y Martín Paz le sostenía entonces en sus brazos para librarlo contra las inmensas moles de nieve. Y sin embargo, los relámpagos rasgaban las blancas tinieblas, el rayo hería los picos incultos y llenaba las profundidades de las montañas con truenos espantosos.

En este punto, el más elevado de los Andes, los viajeros se vieron acometidos de ese malestar que los indios llaman *sorroche* y que despoja al hombre más intrépido de su valor y de sus fuerzas. Aquellos tres hombres hablaban muy poco, porque cada uno de ellos se encerraba en el silencio que le inspiraban aquellas tristes soledades.

Sobre la vertiente oriental de las cordilleras debían ha-

llar las huellas exactas de sus enemigos; siguieron, pues, marchando y al fin pudieron bajar la cadena de montañas; pero los Andes les presentaban á cada paso picos inaccesibles. Sin embargo, no tardaron en hallar los árboles de los niveles inferiores, donde los llamas y las bichuñas, que pacían la escasa yerba que por allí había, les anunciaban la aproximación de los hombres. Algunas veces se encontraban con *gauchos* que conducían sus recuas de mulas, y con más de un capataz hicieron negocio cambiando sus bestias fatigadas.

De esta manera llegaron á las inmensas florestas vírgenes que erizan las llanuras situadas entre los campos del Perú y el Brasil, desde donde comenzaron á descubrir

los vestigios de los raptos; en medio de estos bosques intrincados fué donde Martin Paz desplegó toda su sagacidad indiana.

Por su parte el español recobró su ánimo y el negro toda su fuerza cuando una fogata medio apagada les probó la proximidad de sus enemigos. Martin Paz lo observaba todo con el mayor cuidado, así es que cuando el marqués le manifestó el temor de que hubiesen obligado á su desgraciada hija á caminar á pie por las piedras y malezas, le mostró algunos cantos fuertemente incrustados en la tierra, lo cual indicaba la presión del pie de un animal. El pobre padre se consolaba y volvía á esperar y á vivir, y por otra parte Martin Paz era tan confiado, tan hábil y tan fuerte que no habia para él obstáculos ni peligros insuperables. A pesar de esto los bosques inmensos limitaban cada vez mas el horizonte alrededor de ellos, y delante de sus ojos fatigados se multiplicaban los árboles incesantemente.

Una noche, cuando las tinieblas se amontonaban sobre el opaco fallage, Martin Paz, el marqués y el negro Atilano se vieron forzados á detenerse á causa del cansancio. Habian llegado á la margen de un rio; eran las primeras corrientes de agua del Madeira que el indio reconoció perfectamente.

¿Habian los raptos subido ó bajado la corriente del rio? ¿Lo habrian atravesado en línea recta? Tales eran las preguntas que se hacia Martin Paz. Apartóse un trecho de sus compañeros siguiendo con no poco trabajo algunas huellas fugitivas, y de este modo se alargó siguiendo la orilla del rio hasta un sitio algo mas despejado. Allí vió algunas pisadas que le indicaban que una cuadrilla de hombres habia atravesado tal vez el rio por aquel sitio, y esta fué la opinión del indio, por mas que no encontrase alrededor alguna prueba de la construcción de una canoa, pues estaba persuadido de que el Zambo debia haber derribado algun árbol del bosque y despojándolo de su corteza para hacer una embarcación que trasportarian á brazo hasta las orillas del Madeira. Todavía vacilaron cuando vió un bulto negro moverse entre unas malezas; preparó inmediatamente su lazo y se dispuso á un ataque, dió algunos pasos adelante y vió un animal tendido en el suelo y en las últimas convulsiones de la muerte, era una mula. La pobre bestia espirante debió ser herida lejos del sitio á donde habia sido arrastrada, dejando marcado su paso con largas huellas de sangre. Martin Paz no pudo ya dudar de que los indios, no pudiendo hacerla atravesar el rio, la habian matado de una puñalada, como lo indicaba su ancha herida. Seguro ya desde aquel momento de la dirección de sus enemigos, se volvió al lado de sus compañeros, que ya estaban inquietos por su larga ausencia.

—¡Mañana tal vez veremos á Sara! les dijo.

—¡A mi hija! ¡Oh! Partamos al punto, exclamó el español; ya no siento cansancio, y con la esperanza me vuelven las fuerzas. Marchemos, marchemos.

—Pero es preciso atravesar este rio y no podemos perder tiempo en construir una canoa.

—Lo pasaremos á nado.

—¡Animo, pues, padre mio! Atilano y yo sostendremos á usted.

Despojáronse los tres de sus ropas, que Martin Paz juntó en un lío atándosele á la cabeza, y se deslizaron silenciosa-

mente por el agua temerosos de despertar á alguno de esos peligrosos caimanes de que tanto abundan los rios del Brasil y del Perú.

Llegaron sin obstáculo á la otra orilla, y el primer cuidado de Martin Paz fué buscar las huellas de los indios; pero por mas que registró las mas pequeñas hojas y piedrecitas, no pudo descubrir nada; como la corriente demasiado rápida los habia desviado bastante de la dirección que habian tomado al atravesar el rio, el indio volvió á subir por la margen hasta la altura del sitio donde habia encontrado la mula; pero nada le indicaba todavía la dirección que hubiesen podido tomar los raptos, creyendo con razón que para hacer perder completamente sus huellas, habrian bajado el rio durante algunas millas á fin de tomar tierra lejos del punto de su embarque.

No queriendo desanimar á sus compañeros nada les dijo Martin Paz sobre estas desagradables observaciones, ni habló una palabra de la mula al marqués, temiendo entristecerle, puesto que venian á confirmarse sus recelos de que su hija habia tenido que andar á pie por senderos impracticables.

Cuando volvió al lado del español lo halló dormido, la fatiga habia podido mas que el dolor y la resolución, Martin Paz no quiso despertarle, porque sabia el mucho bien que le haria un poco de sueño; pero mientras que él velaba, apoyando sobre sus rodillas la cabeza del marqués y escudriñando con su vista penetrante las sombras que le rodeaban, envió al negro Atilano para que recorriese la orilla del rio por si encontraba alguna huella que pudiera guiarlos al despuntar el día. El negro partió rio abajo, que era la dirección que le habia indicado el indio, deslizándose como una serpiente entre las malezas que erizaban las orillas y pronto el ruido de sus pasos se perdió á lo lejos.

Desde entonces se quedó solo Martin Paz en medio de las tristes soledades, y el español dormía pacíficamente sobre él, pronunciando de vez en cuando en su dulce sueño los nombres de su hija y del indio.

Este no se equivocaba, el Zambo habia bajado el Madeira mas de tres millas; despues habia saltado en tierra con Sara y sus numerosos compañeros, entre los que iba Manangani, lleno todavía de heridas.

Habíase aumentado en efecto en el camino la tropa del Zambo. Los indios de las llanuras y de las montañas esperaban con impaciencia el triunfo de la rebelión; pero al saber la derrota de sus hermanos y que habian sido vendidos por Martin Paz se entregaron á la desesperación, y viendo que tenian una víctima que sacrificar á su cólera, lanzaron gritos de alegría y siguieron á la tropa del indio.

De este modo marchaban resignados y contentos con la idea del próximo sacrificio, devorando con sus miradas sangrientas á la pobre víctima; esta era la amada de Martin Paz y por consiguiente llovian sobre ella las injurias que acaso hubieran pasado á vias de hecho, si mas de una vez el Zambo que queria que su venganza fuese pública, no hubiese contenido á aquellos feroces indios.

Entretanto la infeliz Sara, pálida, desfallecida, marchaba entre aquella horda salvaje, sin tener siquiera el instinto de la voluntad, de la existencia; caminaba porque manos sangrientas la empujaban hácia adelante; pero si la hubieran abandonado en medio de aquellas soledades, no habria dado ni un solo paso para libertarse de la muerte.

Cuando mas allá del río tuvo que seguir á pie á sus raptadores, dos indios cogiéndola por los brazos la arrastraron rápidamente, marcando su paso una huella de sangre sobre la arena y las hojas caídas. El Zambo, sin embargo, no se inquietaba ya de ser perseguido, importábase poco que aquella sangre revelase su dirección, aproximábase al término de su viaje, y pronto las cataratas que brotan de las corrientes del gran río dejaron oír su atronador rugido.

La numerosa cuadrilla de indios llegó á una especie de aldea compuesta de mas de cien chozas formadas de juncos entrelazados y de tierra; al aproximarse corrieron hacia ellos dando gritos de alegría gran número de mugeres y de niños; mas de uno encontraba allí su familia impaciente; pero mas de una esposa no vió volver al padre de sus hijos.

Aquellas mugeres no tardaron en saber la derrota de los suyos, y su tristeza se cambió en furor cuando les dijeron la defección de Martín Paz y vieron á su prometida esposa destinada á la muerte.

Sara permanecía inmóvil delante de aquellos enemigos y los miraba con ojos casi apagados; todas aquellas horrosas figuras gesticulaban alrededor de ella, y en sus oídos solo sonaban las amenazas mas terribles; la pobre niña creyó verse entregada á algun suplicio de los infiernos.

—¿Dónde está mi esposo? decía la una, eres tú la que le has asesinado.

—¿Y mi hermano, que no volverá ya á la cabaña? ¿qué has hecho de él? ¡Muera, muera la infame! y cada una de nosotras le arranque un pedazo de carne y le haga sufrir un dolor. ¡Muera, muera!

Y aquellas mugeres desgrednadas, blandiendo cuchillos, agitando tizones encendidos y levantando piedras enormes se aproximaban á la jóven, la rodeaban, oprimian y estrujaban.

—¡Atrás! ¡atrás! exclamó el Zambo, esperen todos la decisión de sus gefes. Esta muger debe desarmar la cólera del Gran Espíritu, que ha pesado sobre nuestras armas y no servirá solamente á vuestras venganzas particulares.

Las mugeres obedecieron á las palabras del viejo indio, lanzando espantosas miradas á la jóven, mientras que esta cubierta de sangre permanecía tendida sobre las piedras.

Encima de aquella poblacion se precipita desde una altura de mas de cien pies una catarata espumosa que baja á romperse sobre las rocas agudas; el Madeira, encerrado en un lecho profundo, lanza aquella espesa masa de agua, con una rapidez espantosa, de modo que hay una gran faja de niebla eternamente suspendida sobre el torrente, cuya caída estiende á lo lejos sus prolongados y formidables rugidos.

En medio de esta tempestad de espuma debía morir la desgraciada jóven; á los primeros rayos del sol, espuesta en una canoa de corteza encima de la catarata, iba á ser precipitada con la masa de las aguas, sobre los rudos peñascos, donde se rompía el Madeira. Asi lo decidió el consejo de los gefes, si bien retardaron hasta el día siguiente el suplicio de su víctima para darle una noche de angustias, de tormentos y de terror.

Cuando la sentencia fué conocida, prorrumpieron todos los indios en aullidos de alegría, y se entregaron á un verdadero frenesí. Aquella fué una noche de orgía, de sangre y de horror; el aguardiente fermentó en aquellas cabezas exaltadas, y los indios se pusieron á bailar dando incesan-

tes aullidos alrededor de la víctima atada á un madero. Algunas veces se estrechaba el círculo y la enlazaba en sus curvas furiosas; otras veces echaban á correr al través de los campos incultos blandiendo ramas de pino encendidas, y volvian á sacudir sus abrasadoras chispas sobre el rostro de la desgraciada Sara.

Este suplicio duró toda la noche, y al rayar el día fué desatada la jóven del madero, y mas de cien brazos quisieron arrastrarla al sitio donde debía morir; si alguna vez se escapaba involuntariamente de sus labios el nombre de Martín Paz, la respondian inmediatamente con gritos de odio y de venganza. Para subir el inmenso cúmulo de rocas que conducian al nivel superior del río, era preciso caminar por senderos escabrosísimos, de modo que la víctima llegó toda ensangrentada; una canoa de corteza la esperaba á cien pasos de la caída; fué depositada en ella y atada con cordeles tan fuertemente que le penetraron las carnes.

—¡Venganza y muerte! exclamó toda la tribu á una sola voz.

La canoa fué arrastrada con extraordinaria rapidez y giró sobre sí misma.

De repente aparece un hombre á la orilla opuesta. Era Martín Paz. A su lado estaban el marqués y Atilano.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! exclama el padre arrodillado sobre la arena.

—¡Mi padre! responde Sara incorporándose con celeridad sobrehumana.

Imposible es describir aquella escena. La canoa corre rápidamente á la catarata, cuya espuma la envuelve toda.

Martín Paz, de pie sobre una roca, columpia su lazo que silba alrededor de su cabeza, y en el momento en que la embarcacion iba á ser precipitada, lanza el indio su cuerda y envuelve á la canoa en un nudo corredizo.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! exclama el marqués.

—¡Mi amada! ¡Mi esposa! dijo Martín Paz.

—¡Muera! ¡Muera! grita la horda salvaje.

Martín Paz, sin embargo, reúne todos sus esfuerzos; la canoa queda suspendida sobre el abismo, la corriente no puede triunfar del jóven indio; la canoa viene hacia él; los enemigos están lejos en la otra orilla, y todo hace creer que se salvará la jóven...

De repente una flecha silba rasgando los aires y atraviesa el corazón de Martín Paz. Cae hacia adelante en la barca de la víctima, y bajando el curso del río en sus brazos, vá á sepultarse con Sara en el torbellino de la catarata.

Levantóse inmensa gritería que truenas mas fuerte que el torrente.

El negro Atilano se lleva al español en medio de una nube de flechas: y desaparece con él....

El marqués pudo volver á Lima, donde murió de tristeza y languidez.

No se volvió á oír hablar del Zambo, el cual se quedó entre sus tribus sanguinarias.

El judío Samuel guardó los setenta y cinco mil pesos fuertes de su infame contrato y continuó sus usuras á expensas de los nobles limeños.

Martín Paz y Sara se habian casado para la vida eterna, porque en su corta y suprema reunion, la jóven cristiana habia impreso el sello del bautismo en la frente del indio regenerado.



CÁRLOS GRANDEMANGE.

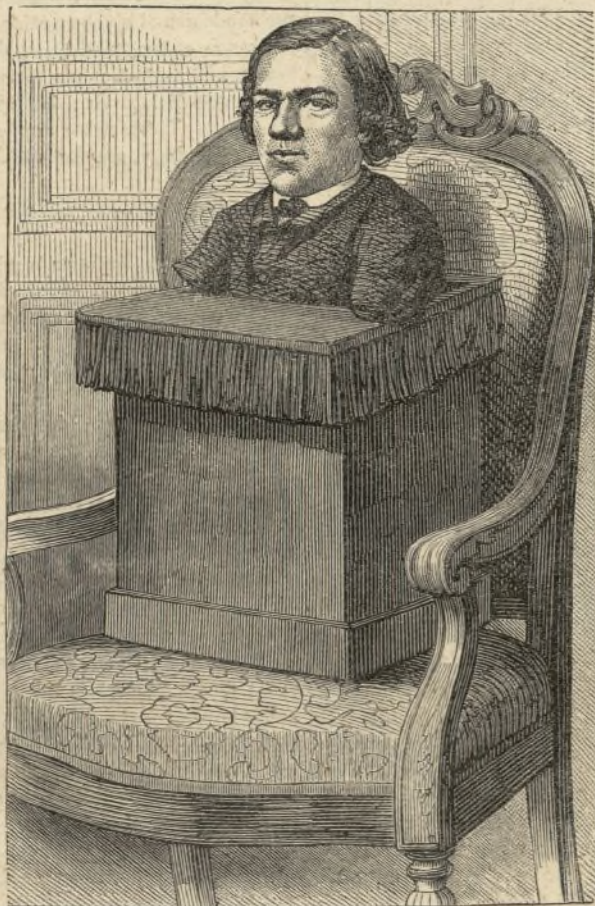
MATEMÁTICO MENTAL, NACIDO SIN BRAZOS NI PIERNAS.

La naturaleza es ingeniosa y maternal hasta en sus aberraciones y sus rigores. He aquí un pobre niño á quien ha tratado como madrastra, á quien ha reducido á vivir, careciendo de los órganos de la movilidad en una especie de caja. Pues bien, este tronco humano, que en Esparta hubiera sido reducido á la nada desde su nacimiento, ha recibido en desquite de una imperfección tan completa, una facultad de abstracción y de cálculo tal, que sería difícil encontrar otro semejante. Todas las fuerzas vitales privadas de expansión, se han refugiado en el cerebro, y en la misma miseria se ha desarrollado un poder matemático verdaderamente extraordinario.

Dejemos referir á él mismo las primeras circunstancias de su vida, y aquella en que se reveló la precoz vocación á la cual debe hoy facultades tan sorprendentes.

«Yo nací el 10 de junio de 1835, en Epiral (Francia), sin brazos ni piernas como se ve. Me tuvieron, por orden de los médicos oculto á los ojos de mi madre por espacio de quince días, y hasta después de haberla preparado á la revelación de la desgracia no me pusieron en sus brazos. Cuando comenzó á alimentarme, pesaba poco menos de ochocientas gramas, y puede creerse que desde mi primera infancia me vi rodeado de muy funestos presagios. Nacido en este estado de mutilación, ¿qué esperanzas podía yo tener en este mundo? Pertenezco á una familia de obreros laboriosos y honrados, pero pobres. Mi padre, de oficio carpintero, tenía que trabajar mucho para mantener y educar á sus cuatro hijos. A fuerza de solicitud y de cuidados, mi madre consiguió educarme hasta la edad en que yo concebí en la constante inmovilidad en que me veo, cierta intuición vaga del talento especial de que me ha dotado la Providencia, en cambio de las privaciones y de las imperfecciones con que ha tenido á bien afligirme.

»Mr. Pelicot, cirujano de la ciudad, y Mr. Haxo, cirujano mayor del regimiento de caballería de la guarnición de Epiral, que habían asistido á mi nacimiento y recibido mi mezuquino ser, que pesaba entonces libra y media con la ropa, no quisieron olvidar el camino del humilde techo que me cubría. Vinieron á verme de vez en cuando, y testigos de las raras disposiciones que yo demostraba para el cálculo mental, y sin ningún género de enseñanza, resolvía casi instantáneamente los enigmas de cálculos que me proponían. Pronto fui bastante fuerte para resolver con igual éxito algunos problemas geométricos.



«Según el dictamen de los médicos y de algunos sabios que me habían visitado, mi padre resolvió ponerme en alguno de los establecimientos de educación mas reputados de nuestro país. Los verdaderos adelantos que obtuve me alentaron, y me decidí, después de haber perdido á mi padre, á visitar á París, la metrópoli y el centro de la ciencia. Tuve el honor de aparecer en dicha capital el 19 de marzo último, delante de una comisión delegada para examinar mis facultades intelectuales por la Academia de las ciencias; y hoy, alentado por los sufragios de lo mas escogido del saber, tengo el honor de informar al público que doy todos los dias desde la una hasta las cinco, en el casino de las Artes, sesiones de matemáticas mentales, donde hay pocos problemas que yo no pueda resolver en un momento y sin auxilio de ningún signo.»

Se sabe que el público parisiense ha asistido á la primera de estas sesiones, y que el joven matemático ha ido mas allá de lo que había prometido en su programa. Durante el término de tres horas se le ha propuesto una serie de problemas los mas difíciles y los mas complejos, y todos los ha resuelto con una rapidez que se podría llamar eléctrica.

Es un espectáculo digno de admiración y de interés esta inteligencia tan pronta y tan extraordinaria en una criatura humana tan desgraciada.

El retrato que presentamos está dibujado por una prueba de daguerreotipo sacada en el Casino de las Artes.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.



El Tasso en casa de su hermana Cornelia.

TORCUATO TASSO.

Cuando aparece en la tierra un hombre que se distingue entre todos de una manera escepcional, cuando su misma superioridad lo eleva á una altura á la cual no pueden al-

Tomo x.

canzar los demas hombres, parece que la misma naturaleza, envidiosa porque le arrebatara sus dones mas preclaros, pone en juego todo el raudal de las pasiones humanas, para que espie el crimen de haber nacido grande. Levántase la envidia con descaro inaudito, y deslumbrando al vulgo con sus mal intencionados argumentos, convierte la maravilla en objeto de desprecio. El canto sublime y armonioso del

poeta, es el graznido del ave de rapiña. Las grandes ideas son sueños, el desden ahoga la voz del inspirado cantor, y la miseria, la indigencia y la mas injusta persecucion, son el triste patrimonio del hombre divino, que arrojó natura al seno de una tierra ingrata y descreída, para que apurase el cáliz de la amargura. Peregrino errante y desgraciado, que recorre el mundo con su vasto pensamiento, que penetra en el interior de los corazones, y descubre instintivamente los mas misteriosos arcanos del alma... Hé aqui su gran delito.

El Tasso, el poeta de Sorrento, este es el hombre elevado y sobrenatural que halló tantos infortunios en la carrera de su vida. Antes de hacer un ligero exámen de sus obras, escribiremos su historia.

Ya sabemos que su patria fué Sorrento, poblacion cercana á la risueña ciudad de Nápoles; alli vió la luz el dia 11 de marzo de 1544, once años despues de la muerte de Ariosto. Llamábase su padre Bernardo Tasso, quien indudablemente se hubiera hecho mas célebre por sus escritos si no hubiera tenido un hijo tan superior. La madre de Torcuato se llamó Porzia Rossi; de este matrimonio nacieron tres hijos, siendo Torcuato el mas pequeño. La inusitada tiranía de don Pedro de Toledo, virey de Nápoles, vino á poner un desgraciado término á la felicidad doméstica de esta honrada familia. Perseguido Bernardo por el principe de Salerno, digno émulo de Torquemada por la feroz proteccion que consagraba á los tribunales inquisitoriales, vió sus bienes confiscados y en sus manos un fatal decreto de destierro. Separado de su esposa por la barbarie de los Rossi, y reducido á la mayor miseria, anduvo errante por varios puntos de Francia, y si alguna vez reapareció en Roma, fué para huir nuevamente de las tropas del duque de Alba, lanzadas por Felipe II contra los Estados pontificios.

El jóven Torcuato acompañó siempre á su padre, quien últimamente le hizo partir para Bérgamo, mientras que Bernardo se refugiaba en Rávena, donde llegó hambriento y en la desnudez mas deplorable; pero su sobresaliente mérito le libertó hasta cierto punto de esta situacion angustiosa, porque el duque de Urbino, decidido protector de las letras, le ofreció un asilo en uno de sus palacios de Pésaro, y aunque gestionó cuanto pudo con Felipe II en favor del proscripto, no pudo obtener de este soberano la restitution de los bienes de su cliente.

Sin embargo, siempre encuentra un goce el corazon resignado en medio de la mas grande desgracia. Los progresos de Torcuato desterraban el abatimiento de Bernardo. Este niño, á quien la naturaleza habia prodigado dones tan singulares, demostró desde la edad de tres años una inteligencia que rayaba en lo maravilloso. Cuando cumplió los siete, entró á estudiar con los jesuitas de Nápoles, donde se distinguió por la extraordinaria facilidad con que explicaba los antiguos poetas. A los nueve años se reunió en Roma con su padre, donde estudió con igual aprovechamiento; pero faltábale muy poco para cumplir los trece, cuando las desgracias de sus padres le condujeron á Bérgamo, y le proporcionaron la ocasion de conocer á su familia. No tardó mucho tiempo Bernardo en llamarle á Pésaro, y en este nuevo punto, se encargaron de su educacion nuevos maestros que le enseñaron las matemáticas, la esgrima y otros ejercicios corporales.

A la edad de diez y seis años tornó Torcuato á separarse

de su padre, para partir á Pádua, en cuya ciudad estudió derecho. En vano se esforzaban en distraer su vocacion poética; á los diez meses de permanencia en Pádua, el único fruto de sus nuevos estudios fué el poema de *Reinaldo*, á cuya aparicion se estremeció Bernardo, porque el desgraciado éxito que habian tenido sus obras le obligó á concebir tan mala idea del poder de la poesia, que se aumentó al ver á su hijo lanzado en esta seductora, pero espinosa carréra. Los aplausos de la Italia entera, los elogios consagrados á la regularidad del plan, á la marcha de la accion, á la belleza del estilo, al mérito en fin, de una composicion tan admirable para un poeta de diez y siete años, acabaron de consolar á Bernardo viendo lisongeadó su orgullo paternal. El jóven Torcuato fué buscado desde entonces por los sabios, los principes y los filósofos. Desde este momento comenzó á germinar en su cabeza el vasto plan de su *Jerusalén libertada*, cuyo poema comenzó en la ciudad de Pádua, precedido del exámen de una critica justa é independiente de los principios constitutivos de la epopeya; y una vez convencido de la necesidad de una accion sencilla y única, no le faltó valor para luchar contra el ejemplo dado por el Ariosto, y contra las preocupaciones de los partidarios de este admirable genio, que oponian el éxito prodigioso de los cantos irregulares del *Orlando furioso* al olvido en que yacian la *Italia restaurada* del Trissino compuesta sobre modelos homéricos.

Seramente ocupado en el trabajo de este monumento literario que debia eternizar su memoria, y cuando cumplia veinte años, tuvo que pasar á Ostia por encontrarse su padre casi en brazos de la muerte, y el 4 de setiembre de 1569 recibió el último suspiro de quien le dió el ser, y volvió á buscar consuelo en la amistad de los principes de Ferrara, y en el asiduo trabajo que le imponia su poema.

Torcuato pasó despues á París, en cuya córte fué objeto de particulares elogios, de las mayores distinciones de los grandes, y de las del rey Carlos IX, el cual siempre le apellidaba el *Poeta Grande*. Propagábase su fama con rapidez inusitada, y en todos los principes italianos se despertó la justa emulacion de tenerle en sus respectivas córtes. Entre los personajes que deseaban su compañía le llamó repetidas veces el principe de Este, hermano de Alfonso II, duque de Ferrara, y consiguió por último que el *gran poeta* se trasladase á Ferrara. Tanto el duque Alfonso, como los demas Estenses, que eran muy apasionados de las bellas letras, competian en las manifestaciones de aprecio que consagraban á Torcuato, á quien colmaban de honrosas distinciones. Emprendió con nuevo ardor su *Jerusalén libertada*, sin que por esto omitiera dedicar algunos intervalos de descanso que le concedia la musa heroica, á otras varias composiciones, entre las cuales puede mencionarse el drama pastoral de *Aminta* tan aplaudido y admirado por toda la Italia.

Terminó al fin su *Jerusalén libertada* el año de 1575, cuya obra maestra dedicó al duque Alfonso; pero la aparicion de este eterno monumento literario abrió la senda desgraciada por donde el desventurado poeta tenia que transitar. El Tasso hubiera sido muy dichoso si la celeste felicidad de que disfrutaba mientras que componia su gran libro, le hubiera sido consecuente durante su publicacion; pero la critica y la envidia se encargaron de arrancar al poeta tan risueñas esperanzas.

Habia en la familia de los Estenses una hermosa jóven

llamada Leonor, hermana del duque Alfonso, dotada de un talento no vulgar, y por cuya señora concibió Torcuato el amor mas vehemente, dando ocasion á sus nuevas tribulaciones ser un tanto correspondido. Desde esta época fué Leonor el objeto de sus pensamientos, y el asunto de sus versos, donde aparece aquel fuego que tanto escitó sus pasiones. El Tasso confió el secreto de su amor á un caballero de Ferrara, el cual tuvo la debilidad de no corresponder como debiera á esta muestra de confianza, pues que la reveló inmediatamente. Súpolo Torcuato; le buscó, y habiéndole encontrado en el palacio del duque le hizo la reconvenccion que su conducta merecia; pero el caballero, lejos de reconocer su error, se mofó de la gravedad con que el poeta le acusaba, quien dando riendas á su arrebato, no respetó el parage donde se encontraba y descargó una bofetada sobre el imprudente, de lo cual resultó un duelo.

Salieron del palacio enfurecidos á vengar sus ofensas con las armas; tres hermanos del caballero de Ferrara volaron al sitio de la contienda, y unieron cobardemente sus tres espadas á la de su hermano; pero Torcuato con alma grande y corazon sereno, supo defenderse bizarramente de los cuatro dejando á dos muy mal heridos. Propagóse el suceso con suma rapidez y el duque se vió precisado á ponerle preso, bajo pretesto de librarle del furor de sus contrarios. El Tasso no desconoció su imprudencia, y pronto le vieron sumergido en la mas profunda melancolía. Todo le parecia funesto; dudó de sus mejores amigos; creyó en la corrupcion de sus criados, y hasta creyó que lo habian denunciado á la Inquisicion. A pesar de la reverencia con que siempre miró los santos dogmas de la religion cristiana habia manifestado cierto día alguna incertidumbre acerca de los misterios de la creacion, y sobre la inmortalidad del alma; y este escrito, atormentaba de tal modo su conciencia, que solicitó tener una entrevista con el inquisidor de Bolonia. Este sacerdote, advertido por el duque de Ferrara, procuró tranquilizarle; pero la duda no pudo salir de su imaginacion, y se creyó cercado de espías, de delatores, de envenenadores y asesinos. El duque y sus hermanas redoblaron vanamente sus esfuerzos para tranquilizar su espíritu; trastornóse su cabeza completamente, y el 17 de junio de 1577, habiéndose encontrado en el palacio un criado que era con especialidad el objeto de sus sospechas, le quitó su daga para matarlo. Detenido por los testigos de esta escena, encerrado por orden del duque, solo debió su libertad á las frecuentes súplicas de aquellos que por él se interesaban. En vano Alfonso y el inquisidor de Ferrara se esforzaron en distraerle, llevándole el uno á los jardines de Belvignardo, y el otro apaciguando su conciencia: se creia indigno de la absolucion, quiso retirarse á un convento de franciscanos, y para ello envió una súplica al sagrado colegio, pidiendo jueces, y fatigó con cartas extravagantes la atencion de Alfonso, el cual tomó el partido de prohibirle esta correspondencia. Una orden tan brutal aumentó la exaltacion del poeta, y huyó del convento y de Ferrara, sin guía, sin dinero y abandonando las obras que cimentaban su inmortalidad.

Llegó á Nápoles y á Sorrento donde vivia su hermana Cornelia, viuda de un caballero llamado Sersale, y se presentó en su casa disfrazado con un traje que le habia dado un pastor, porque el temor de ser mal acogido por su miseria le sugirió este distras; pero á la relacion de las des-

gracias de su hermano, Cornelia manifestó una emocion tan fuerte que el Tasso se dió á conocer lanzándose en los brazos de su hermana.

Algunos meses trascurridos en el lugar de su nacimiento, acariciado por los mas tiernos cuidados, y bajo el cielo embalsamado del golfo de Nápoles disiparon los sombríos vapores de su melancolía, y su pensamiento mas tranquilo le hizo recordar la residencia de Ferrara. El duque no respondió en un principio á su peticion, pero vencido por los ruegos de sus hermanas, consintió en volver á ver al poeta, si el poeta no tornaba á sus antiguas extravagancias. El Tasso lo prometió y regresó al lado del duque. Sin embargo, Torcuato no pudo corregirse. Cumple á nuestro deber hablar ahora de aquella pasion verdadera ó falsa, que ha sido tanto tiempo asunto de infinitas controversias y de tantas poesias, de aquella Leonor que tanto ha cantado el poeta, y que la posteridad ha unido á su nombre. Si ha de darse credito á la biografía que escribió Manzo, el Tasso estuvo enamorado de tres Leonores: de la princesa de Este; de la princesa de Scandiano, y de una camarista suya. El biógrafo Serasa pretende y prueba que esta última solo existió en la mente de Manzo (1); pero no rechaza las otras dos. Estos dos historiadores, y otros muchos, han compulsado y comentado las poesias del Tasso para indagar á cual de las dos Leonores habia consagrado su amor, y aparece muy probable que á las dos. Los contemporáneos de nuestro poeta creyeron ver á Leonor de Este en el personaje de *Sofronia*, y esta tradicion la acreditaron todos los escritores de su tiempo. Al descubrimiento de esta pasion atribuyeron ciertos escritores la cólera de Alfonso, y el abate Carretta, secretario del Tassoni, contemporáneo del Tasso, refiere que en un arranque amoroso, nuestro poeta habia dado un beso á Leonor en presencia de su hermano, y que el duque, habiéndolo salvado el honor de su hermana declarando la locura del Tasso, dejó alimentar esta idea mandando que le condujeran á un hospicio. Pero todas estas conjeturas no tienen mas que un fundamento frívolo, pues se ha querido embellecer la vida del gran poeta con incidentes novelescos.

El Tasso se fugó á Mántua, á Pádua, á Venecia; dirigióse despues á Pésaro y saludó el Metauro con un canto que le impidió terminar la llegada del duque de Urbino. La acogida que tuvo en esta corte, las atenciones de la bella Lavinia de la Rovera no suspendieron mas que un momento los accesos de su negra melancolía. Huyó de Pésaro, llegó á Verceil sobre el caballo de un carro, y recogido por un caballero que no le conocia, recompensó su hospitalidad con su diálogo del *Padre de familia*. Otra casualidad hizo que fuese conocido á las puertas de Turin por Angelo Ingegneri, literato distinguido, que le habia visto en Venecia, y el que le condujo al palacio de Felipe de Este, general de caballería del duque de Saboya. Felipe se compadeció de él; y el arzobispo de Turin, y el duque Manuel Filiberto se disputaron el poeta, el cual parecia ir recobrando su razon, en medio de los cuidados y los festejos que se le prodigaban.

Volvió otra vez á la corte de Alfonso en 1579. Esta corte estaba distraida y ocupada en los preparativos del nue-

(1) Al frente de la *Jerusalén libertada* (edicion de 1830), en italiano, aparece una biografía del Tasso, bastante reducida, y que al hablar de los amores del Tasso dice lo siguiente: *L'oggetto però delle amorose sue frenesie non fu; com'altri sognò, la principessa Eleonora, ma Lucrezia Bendidio, gentildonna ferrarese*

to casamiento que iba á contraer el duque con la hija de Mantua; nadie se ocupó del Tasso; nadie quiso anunciarle; se irritó su orgullo, y prorumpió colérico en imprecaciones y en injurias contra los ingratos que le despreciaban. El duque advirtió por fin la presencia del poeta; y para vengarse de los ultrajes le mandó conducir al hospital de Santa Ana, cuyo prior, Agustin Mosti, manifestó una complacencia en agravar su cruel posicion. El carcelero se manifestó digno del déspota. El Tasso se creyó condenado á una prision perpétua, y la carta que escribió á su amigo Gonzaga revelan á la vez su desesperacion y la lucidez de su entendimiento. No, un loco, no hubiera escrito aquella carta, no hubiera compuesto en aquella prision hasta diálogos filosóficos, donde con un lenguaje digno de Platon respira la moral mas elevada. El sobrino del infame prior, amengüó los errores de su tío consagrandolo al poeta los mas afectuosos cuidados; le servia de lector, de secretario, tomaba bajo su custodia la correspondencia, y la preservaba de las investigaciones de sus enemigos.

Hacia ya mas de un año que el Tasso gemia en esta prision, cuando supo que el gran duque de Toscana habia entregado á Malaspina, uno de sus gentiles-hombres, una copia informe é incorrecta de los primeros catorce cantos de la *Jerusalén y Godofredo*, pues de este modo se tituló al principio su obra maestra. Este Malaspina, por un indigno abuso de confianza dió esta copia á la prensa, lo que fué un golpe terrible para el ilustre cautivo, y es necesario ser poeta para comprender y justificar este gran sentimiento. El Tasso escribió al senado de Venecia pidiendo justicia, y de esto mismo se quejaba á su amigo Gonzaga; pero el daño era ya irreparable. La Italia, que deseaba y esperaba con impaciencia la publicacion de este poema, acogió esta copia indigna de su autor, el que avergonzado de verse juzgar por un bosquejo, publicó inmediatamente las poesias que habia compuesto durante dos años despues del poema, á fin de demostrar á sus contemporáneos de todo lo que era capaz; y con el intento de enternecer la ingratitud de Alfonso dedicó estos fragmentos á las dos princesas de Este. Leonor no pudo leerlos, porque una enfermedad grave la habia conducido al sèpulo, y solamente Lucrecia se manifestó sensible á esta muestra de homenaje. Pero la suerte del poeta no se dulcificó por esto, y no hay que buscar, mas que en el resentimiento de esta indiferencia la causa del silencio que guardó la musa del Tasso al saber la muerte de Leonor.

Su amigo Ingegneri sintió vivamente el ultraje que se habia hecho á su gloria, y poseyendo un manuscrito del poema corregido por la mano del Tasso, hizo de él dos ediciones en Casal-Maggiore y en Parma, y las dedicó al duque de Saboya. Desaparecieron como la primera, y Malaspina, habiendo adquirido una copia mas correcta todavia, no bastaron otras dos ediciones de esta nueva version á satisfacer la curiosidad pública. Por último, el año de 1781 habian aparecido siete ediciones de este poema, y aquel que le habia dado á la Italia, quedaba sumergido en la miseria, espuesto á todas las privaciones y á todos los rigores que le habia proporcionado un tirano. ¡Cargue Alfonso II, duque de Ferrara, con el oprobio eterno de la posteridad por su cobarde ingratitud! El monstruo creyó hacer mucho por un desgraciado que le asociaba á su gloria, sustituyendo á su calabozo algunas habitaciones mas sanas y mejor ventila-

das. Serassi da un extraño motivo á la obstinacion de Alfonso: «Temia, dice este biógrafo, las venenosas sátiras del Tasso....» Una fiebre ardiente puso en peligro la vida del Tasso; debilitóse realmente su razon; tuvo crueles visiones, en medio de las cuales creyó ver no obstante á la virgen Maria, y cuando declinó su mal atribuyó la cura á esta divina intervencion.

Las instancias de Vicente de Gonzaga, principe de Mantua triunfaron del duque de Ferrara; prometió Gonzaga guardar y vigilar al Tasso; Alfonso se creyó de esta manera abrigado contra la justa venganza del poeta á quien habia oprimido tan cruelmente; y el 5 ó 6 de julio de 1586, despues de siete años de cautiverio, recobró el Tasso su libertad y partió para Mantua con su nuevo amigo. El poeta volvió á coger la pluma, y terminó el poema de *Floridante* que su padre habia empezado, el cual se imprimió en Bolonia. Tambien terminó su tragedia de *Torismundo*, y compuso nuevos discursos filosóficos.

En el número siguiente daremos cumplido término á la vida de este interesante personaje, haciendo á la vez un juicio critico y comparativo de sus principales obras.

(Se concluirá.)

I. A. BERMEJO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

BELTRAN DE ERIL.

I.

Al turbulento reinado del rey don Pedro I de Castilla, llamado el Cruel, y al mas pacífico de su hermano don Enrique el de Trastámara, habia sucedido el de don Juan I, época en que apaciguados todos los disturbios, olvidados los rencores de la guerra civil y bien consolidada la autoridad real, los castellanos volvian contra enemigos esteriorez aquellas armas con que por tanto tiempo se habian despedazado en interiores y casi domésticas contiendas. Mas cuando iba el reino conociendo las ventajas de la paz, y cuando por medio de leyes justas con mas empeño se dedicaba el monarca al buen gobierno de sus estados, sobrevino un incidente, que hizo temer á muchos se renovasen los males pasados.

Hijo del rey don Pedro y por consiguiente primó carnal del monarca reinante, vivia aun el infante don Juan, puesto en salvo en Inglaterra durante la civil contienda; pero que en virtud de las capitulaciones asentadas con el duque de Alencastre, acababa de ser restituido á España, bajo promesa formal de que se le habia de conservar la vida. No habia á la verdad peligro, ni presuncion fundada de que se atentase contra ella, ni cabia en el generoso ánimo de don Juan I ensañarse contra aquel desgraciado principe; pero la razon de Estado exigia que se le quitasen los medios de alterar la paz del reino. Precisamente entre todos los hijos de don Pedro, era éste el que mas pretensiones podia abrigar á la corona y el que realmente mas derecho tenia. Era fruto del enlace de don Pedro con doña Juana de Castro, noble y hermosa viuda á quien el mismo altivo monarca de Castilla no se atrevió á pretender sino á título de esposo.

Por ella repudió á la desgraciada doña Blanca de Castilla; por ella se sujetó á la coyunda de himeneo, y al infante don Juan, que de ella tuvo, le distinguió de todos los hijos ilegítimos, y le llamó, en fin, en su testamento á la sucesion de sus reinos. En la opinion de los pueblos de Castilla, era tambien el mas acreedor; puesto que era hijo de legitimo matrimonio contraído ante los ministros de la iglesia.

Era, pues, un personaje muy importante el tal infante don Juan, y el rey de Castilla, así que le tuvo en su poder, por los años de 1386, buscó en todo su reino un varon in-

corruptible, un caballero de lealtad acrisolada, en carácter eminentemente noble á quien confiar aquel tesoro de que pendia la paz del reino, para que le tuviese asegurado en perpétua prision.

Al fin se fijó en Beltran de Eril, noble caballero catalan, casado con doña Magdalena de Falces, y alcaide del castillo de Soria, á cuya fortaleza fué conducido el infante don Juan, á quien sus mismos derechos privaban para siempre de libertad. Allí vivia tratado con las mayores consideraciones, pero vigilado estraordinariamente por el receloso alcaide



IRRABIETA.

Mi bendicion ya la tencis. Ahora que un ministro del Señor es una cuanto antes.

que solo á las personas de su mayor confianza dejaba penetrar en la habitacion del prisionero. Ninguna entre todas estas personas era tan del agrado del infante como la jóven Elvira de Eril, hija del alcaide del castillo y doncella en quien corrian parejas la belleza del rostro y la bondad del corazon. Ella fué la que con sus delicadas atenciones hizo mas llevadera la triste situacion del infante, y la que le hizo casi soportable la mansion del castillo. Ella era la única persona á quien don Juan confiaba sus penas, porque estaba bien persuadido de que le compadecia de veras, y ella, en fin, era la que le asistia en sus dolencias, la que disipaba su mal humor y la que formaba el embeleso de su vida. Así es que sucedió lo que no podia menos de suceder. Si nó era posible vivir algun tiempo al lado de Elvira y permanecer indiferente, mucho menos le era posible al infante,

abandonado allí, agradecido, jóven y que no recordaba haber visto otra muger mas bonita en el mundo. Llegó, pues, un dia en que se arrojó á los pies de Elvira y la declaró su sincero, su entrañable amor.

El primer movimiento de la jóven fué de sorpresa: nunca se habia olvidado del respeto que aquel ilustre prisionero merecia por su nacimiento y por sus desgracias; así es que siempre le habia tratado con la mas respetuosa atencion, y causábale asombro ver á sus pies á un príncipe de tan ilustre cuna, de tan distinguida presencia y de tan noble rostro; porque el infante, entre todos los hijos de don Pedro I de Castilla, era el que mejor habia heredado la viveza, el carácter de audacia y orgullo militar de su augusto padre. Quiso la jóven hablar, pero enmudeció y bajó los ojos al encontrarse con las ardientes miradas del infante.

Trémula y conmovida tendió hacia él sus brazos para hacer que variase de postura; pero don Juan, apoderándose de una mano que besó con efusión, pasó á su dedo un rico anillo y exclamó:

—Dí, Elvira, ¿quieres ser mi esposa?

Esta palabra esposa, calmó todo recelo de la joven y produjo en ella la mas extraña y favorable sensación. Jamás le habia á ella ocurrido que el afecto del infante llegase á tal extremo, así es que no pudo menos de exclamar asombrada:

—¡Vuestra esposa!

—Sí, amada mia, para que hagas por deber lo que hasta ahora has hecho por compasión, para que completes la noble tarea que por mí te has impuesto.

—Agradezco tanto honor, y mi mas dulce recompensa es la generosidad de vuestro corazón. Sean los que quieran los sentimientos del mio, este enlace es incompatible, y yo no debo consentir en vos semejante sacrificio, ni tampoco es de presumir que mi padre lo consienta.

—Yo hablaré á tu padre, y aun al mismo rey si fuere preciso; pero tu consentimiento, Elvira, es el que me llena de orgullo y el que verdaderamente me hace feliz.

II.

Al día siguiente de este amoroso coloquio, el infante don Juan solicitó tener una entrevista con el alcaide Beltran de Eril. Habia tal solemnidad, tanto respeto en el tono de voz y en los modales de don Juan, que el alcaide le miró con cierto asombro y le suplicó explicase cuanto antes el objeto de la visita.

—Varias veces he considerado, dijo el infante, de qué manera podria recompensar los inmensos servicios, los afectuosos cuidados que vos y vuestra hija Elvira me habeis prodigado en mi prision.

—No se hable ahora de recompensas: no hemos hecho, señor, mas que cumplir con nuestro deber.

—Sea como vos queráis; pero este deber ha sido tan grato para Elvira, que á ella debo mi salud, mi alegría y el que la calma haya vuelto á renacer en mi pecho. Es preciso, por lo tanto, que tenga un recuerdo vivo, perpétuo, de mi agradecimiento.

—Supongo que nada tendreis que ofrecer á mi hija que tenga visos de paga, ni que pueda herir la delicadeza de un alma como la suya.

—Tranquilizaos don Beltran... Bien sé que hay cierta clase de favores que no se pagan con todos los tesoros del mundo; pero lo que voy á proponer á Elvira es la única recompensa digna de ella y de mí. Lo que quiero ofrecerla y para lo que imploro vuestro consentimiento, es mi mano, mis títulos y mi porvenir.

Sorprendido quedó el buen alcaide con la propuesta del infante; pero mas cauto y mas receloso que su hija, no lo atribuyó todo á generosidad y gratitud de don Juan, y al punto le ocurrió la idea de si en todo aquello habria alguna estratagema para mejor recobrar su libertad. Conoció que habia allí una cuestion de honor y delicadeza para él, y resuelto á no dejarse sorprender, formó bien pronto su resolución y contestó con sequedad al infante:

—Ese porvenir en quien tanta confianza teneis, no podeis sacrificarle á una alianza tan desigual. Cedeis ahora á un impulso de gratitud y generosidad del que bien pronto tendrais que arrepentiros.

—Amo á Elvira sinceramente; la quiero para que sea mi esposa.

—Vuestra propuesta, señor don Juan, por mas que nos honre, no puede ser aceptada. Prestarnos á ella seria en nosotros, ó á lo menos así se creeria, un infame cálculo.

Vanos fueron todos los medios de que se valió el infante para ablandar la firmeza del alcaide. Esclavo éste de la palabra empeñada con su rey, y tipo consumado del antiguo pundonor caballeresco, eludia todas las razones de don Juan, de quien, como se ha dicho, ya estaba receloso, bajo el pretesto de que Elvira no podia menos de ser un obstáculo para su brillante porvenir; y sin embargo, ninguno como don Beltran de Eril sabia cuán ilusorias eran las esperanzas y cuán quiméricos los proyectos de aquel desgraciado príncipe, y mas estando bajo su custodia en aquel inespugnable alcázar. Algo de este intimo convencimiento dejó traslucir á lo último de la entrevista, cuando el infante, ya despechado, le dijo en tono de amenaza:

—Advertid, don Beltran, que vuestra hija me ama.

El alcaide, algo conmovido, contestó con lentitud y marcada intencion:

—No dudo que Elvira os profese el buen afecto que mereceis; pero de esto á querer ser vuestra esposa hay alguna diferencia. Yo hablaré á mi hija y sabré su voluntad: veré si al unirse con vos, quiere condenarse á una triste y perpétua cárcel.

III.

El anhelo de verse libre renació con toda viveza en el ánimo de don Juan de resultas de esta entrevista. Frustradas sus esperanzas, y casi privado de lo que constituia su embeleso en aquella prision, pues el receloso alcaide vigilaba la conducta de su hija para que fuesen menos frecuentes sus relaciones con el preso, hacíasele á éste la cárcel insoportable, y resolvió á toda costa intentar su libertad. Estimulábale á ello, no tanto la ambicion, como el deseo de obtener á Elvira, pues en el desconsuelo en que él se hallaba, se habia fijado en la idea de que la negativa del alcaide no consistia en los motivos de delicadeza que pretestaba, sino en que realmente le tenia muy en poco. Figurábasele que habia una cruel ironia en todas las palabras de don Beltran, y que este hombre altivo no concederia su hija á un infeliz cautivo como él, casi á un proscrito. Exasperado con el orgullo del alcaide, que miraba como un imposible pudieran escaparse los presos confiados á su custodia, resolvió burlar esta vigilancia, y una vez recobrada su libertad, se lisonjaba de reunir á todos los antiguos partidarios de su padre, y hacer valer sus derechos y renovar las contiendas pasadas, siquiera la mitad de la España se levantara contra la otra media. Con este designio y á fuerza de maña y de ofrecimientos, consiguió ganar á uno de los hombres de armas que custodiaban la prision, el que se comprometió á favorecer su evasion en la noche que á él le tocara la guardia en un punto señalado y á propósito para ello. Sin duda que al alcaide no se le ocultaba esta trama, ó tal vez el soldado, leal á toda prueba como todos los que guardaban el castillo, obraba segun las instrucciones de su gefe: lo cierto es que en la deseada noche, cuando don Juan, salvados todos los primeros obstáculos, se encaminaba ya á salir por la porterna mas escusada del castillo,

apareció de improviso á su vista en lo mas reducido de un tránsito el mismo don Beltran de Eril, cuya imponente figura hizo parar sorprendido y aterrado al infante. Hubo un corto momento de silencio que interrumpió el primero don Beltran.

—¡Es cierto! dijo: veo que contra todas mis esperanzas sois capaz de intentar vuestra libertad.

—Yo soy capaz de todo... apartad, gritó el infante tirando de la espada, ciego de cólera.

—Herid, este es mi pecho, contestó tranquilamente don Beltran, dejando caer los brazos que cruzados sobre el pecho tenia. Despues continuó:

—Sin que yo exhale el último suspiro no podeis encontrar el camino que buskais. Herid, pues, ¿qué os detiene? Quitadme la vida, ya que tratais de quitarme el honor.

Este género de resistencia desconcertó al infante, que bajando hasta el suelo la punta de su espada, se limitó á exclamar:

—¿Y sois vos, don Beltran, el que viene á oponerse á mis intentos?

—Puedo y debo, jóven temerario, evitar que corrais á vuestra perdicion y que precipiteis á la patria en un abismo de males; pero ya veis que vengo solo. En vos está deshaceros de este obstáculo. Poco me importa que en Castilla se sepa vuestra libertad, cuando se sepa que la habeis logrado pasando por encima de mi sangriento cadáver.

—Respeto al padre de mi amada, y sabed que solo por ella ansiaba recobrar mi libertad.

—¡Por mi hija!

—Sí: por ella y por vos. Por obtener vuestro consentimiento, por conquistar una posicion en que no pudiérais negarme la mano de Elvira, por hacerla feliz en medio de la opulencia y porque brillara entre las mas distinguidas bellezas de la corte.

—Muy mal nos habeis juzgado, señor don Juan. Solo renunciando á toda idea ambiciosa podeis aspirar á la mano de mi hija. Estos sé que son sus sentimientos y son tambien los míos. Juradme ahora mismo que permaneceréis tranquilo en este castillo, sumiso á las leyes y al rey vuestro primo, y ahora mismo os la concedo.

—¡Lo juro, una y mil veces!

—Venid: Elvira es vuestra desde este momento.

Tiró el infante al suelo la espada, que aun conservaba desnuda, y se arrojó al cuello del alcaide que le llevó en triunfo al aposento de Elvira, que no podia dar crédito á un desenlace tan inesperado como feliz; pero su mismo padre, alentando la timidez de la jóven, hizo que diese la mano al afortunado don Juan, diciéndoles:

—Mi bendicion ya la teneis. Ahora que un ministro del Señor os una cuanto antes, y si quereis vivir felices, sobre todo, si quereis que vivamos reunidos, el rey de Castilla, á lo menos por ahora, no debe saberlo.

Caballero y patriota, Beltran de Eril, se gozaba en que su hija pudiera endulzar la situacion amarga de aquel desgraciado principe, victima inocente de los caprichos de la fortuna y del nacimiento, y se consideraba todavia mas feliz viendo en Elvira una prenda de paz, y por consiguiénte de ventura para la trabajada España.

Los esposos tambien vivieron felices: tuvieron dos hijos; don Pedro, que fué luego obispo de Osmá, y doña Constanza, que fué priora de las monjas de Santo Domingo de Ma-

drid. Don Juan de Castilla fué fiel á su palabra: vivió y murió en Soria, y «su vida y fin fué en prisiones sin lo merecer,» conforme su hija doña Constanza hizo grabar en la piedra de su sepulcro, cuando en 1442 consiguió que trasladasen el cadáver á la capilla mayor de su convento; pero el infante don Juan vivió siempre contento y resignado, y tanto, que cuando alguno manifestaba compadecerse de su suerte, exclamaba enagenado y mirando á su esposa:

—Dichosa prision, pues me ha proporcionado la conquista de una muger á quien debo la felicidad de toda mi vida.

F. FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

TRADICIONES POPULARES.

LA LEYENDA DE LA SERPIENTE.

Hallándose Carlo-Magno en Suiza, en Zurich, quiso eternizar la memoria de dos santos mártires, Felix y Regula, en otro tiempo decapitados por los paganos. En el mismo sitio donde ellos habían muerto por la fé levantó una columna. En tiempo de Carlo-Magno, la justicia se asociaba siempre con la piedad. Para completar su obra, hizo colocar en lo alto de esta columna una campana con una cuerda que llegase hasta el suelo, despues se publicó por órden suya, al son de trompeta, que si alguno tenia que pedir justicia, le bastaba tocar esta campana, y que al instante el emperador acudiría á oír y á juzgar sobre la causa en cualquier momento.

¡Oh dichosa y escelente manera de economizar el tiempo y el dinero de los que piden justicia! Habladme del califa Haroun-al-Raschid, juzgando él mismo los procesos, y para complemento de su sentencia, haciendo administrar cincuenta palos al litigante reconocido de mala fé. ¡Habladme del buen San Luis y de su árbol de Vicennes! Carlo-Magno, segun la leyenda, habia tambien adoptado esta paternal costumbre: ¡alabada sea su memoria! Los jueces y los abogados no encontrarían su beneficio en formas judiciares tan poco complicadas; pero el público ganaria indudablemente mas.

Habiendo sido puestas la campana y la cuerda, y publicado el aviso, no se hizo esperar la aplicacion. Algunos dias despues, regresaba Carlo-Magno de la caza, y se sentaba á la mesa para comer. Disponíase á probar un pavo asado, manjar real en este tiempo; cuando se oye la campana.

Nada debe turbar al hombre honrado que come, ha dicho el maestro de la *Gastronomia*. Yo creo que Carlo-Magno hubiera preferido que la campana hubiera sonado en otro momento. Envió un page para saber de lo que se trataba.

Poco despues volvió el page asustado, porque habia visto una serpiente que teniende la cuerda en la boca, tocaba la campana como hubiera podido hacerlo un ser humano.

Con efecto, el caso era extraordinario. Carlo-Magno se levantó de la mesa.

—Debo, dijo, la justicia á todos. Animales ó gentes, ¿qué importa?

Acompañado de toda su corte, el emperador se dirige hácia la columna. Encuentra, en efecto, una serpiente que á su llegada deja de sonar y le mira con una expresion so-



brenatural; luego el animal se arrastra, volviendo la cabeza hácia su lado como invitándole á que la siga.

Carlo-Magno la sigue, y la serpiente le conduce hasta la orilla del Limat; cerca del agujero que era su guarida y en donde depositaba sus huevos. Un enorme sapo se habia apoderado de su casa durante la ausencia del propietario, y para entrar en posesion de su domicilio habia invocado la serpiente la intervencion del emperador.

Este recurso no quedó vano. Inmediatamente el sapo

usurpador fué arrancado del agujero y condenado al fuego.

Hecho esto, fué Carlo-Magno en busca de su comida, que halló caliente todavía; pero aunque la hubiese encontrado fria, el emperador tenia, para compensar este inconveniente, la satisfaccion de su deber cumplido.

Tres ó cuatro dias despues, á la hora de la comida se presentó una visita inesperada en la sala del festin: era una serpiente, la misma que tan dichosamente habia invocado la augusta justicia. Todos la reconocieron, y por eso todos



La serpiente de Cárlo-Magno.

se guardaron de hacer ningun daño á la cliente del emperador. Adelantóse con aire respetuoso, como serpiente que sabe vivir, y saltando ligeramente sobre la mesa, en un rico plato que formaba parte del servicio, depositó una magnífica piedra preciosa, saliendo despues con la misma modestia que habia entrado.

Por este prodigio, Carlo-Magno mandó edificar á orillas del Limat una iglesia que se llama *la iglesia del agua* y que quedó como monumento de esta sorprendente aventura.

¿No es fácil ver, en esta cándida relacion conservada en un cronicon, un homenaje á aquella soberana equidad, delante de la cual todos estaban arrodilados, grandes y pe-

queños? Carlo-Magno, haciendo respetar el principio de la propiedad, hasta en favor del último de los animales, en favor de un miserable reptil, ¿no es el alto justiciero que no hubiera permitido la violacion del derecho hasta en el mas humilde de sus súbditos? En estos tiempos demasiado fecundos en opresiones subalternas, esta leyenda ¿no demuestra el reconocimiento del pobre pueblo por la monarquía que estendia sobre él su cetro protector?

¡Cuántas leyendas, encierran bajo una forma cándida y sencilla una moralidad buena y saludable para todos!

T. M.